Espejos de agua

espejos de tiempo...
los caminos del occidente

Patrimonios Locales·2019

Fontibón y Techotiba (Kennedy)

Espejos de agua * * espejos de tiempo...

los caminos del occidente

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE
INSTITUTO DISTRITAL DE PATRIMONIO CULTURAL

ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ
Enrique Peñalosa Londoño

SECRETARIA
María Claudia López Sorzano

DIRECTOR
Mauricio Uribe González

★★★★

SUBDIRECTORA DE DIVULGACIÓN Y APROPIACIÓN DEL PATRIMONIO
Margarita Castañeda Vargas

EQUIPO DE PATRIMONIO CULTURAL INMATERIAL
Catalina Cavelier Adarve (coordinadora)
Juan Pablo Henao Vallejo
Diego Muñoz Casallas
Mónica Sarmiento Roa
Sol Gaitán Martínez

PARTICIPANTES DE PATRIMONIOS LOCALES DE FONTIBÓN Y *TECHOTIBA* (KENNEDY)
Alfredo Vargas Murcia
Cristian Ramiro Suárez Castro
Jinella Chaparro Sánchez
Jhon Javier Ramírez Velosa
Joaquín Andrés Palacio Gómez
Félix Antonio Hernández Martin
Liz Stephanie Cubillos Díaz
Lyda Marcela Fuquene
Mónica Rivera Tabares
Natalia Alejandra García Palencia
Omaira Figueredo Olarte
Rosalba Silva Esquivel
Yoleth Paniagua Rios
Alejandro Villanueva Díaz
Dana Giselle Cárdenas Ortíz
Diego Armando Quevedo Teatino
Félix Fabián Almanza Murcia
Lizzie Katherine Cordon López
Jhonatan Quevedo Jerez
Mateo Rico
Saúl Andrés Cortés Fuentes

ACOMPAÑAMIENTO, CORRECCIÓN DE ESTILO Y COORDINACIÓN EDITORIAL
Mónica Sarmiento Roa
Sol Gaitán Martínez
Diego Muñoz Casallas

APOYO ÁREA DE PUBLICACIONES
Ximena Bernal Castillo

AGRADECIMIENTOS
Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella
Institución Educativa Distrital
Gabriel Betancourt Mejía
Casa de la cultura de Fontibón Cacique Hyntiba
Carlos Córdoba
Hogar Santa Teresa Jornet
Hermanitas de los Ancianos Desamparados
Familia Herrera
Dora Consuelo Villalobos
Diana Castro
Martha Isabel Rincón
Pedro Vargas

DISEÑO GRÁFICO
Alejandro Mancera Obando

IMPRESIÓN
Buenos & Creativos S.A.S.

Bogotá, 2019

Esta obra es el resultado de un proceso participativo de investigación-creación local apoyado por el IDPC. Los contenidos no representan ni comprometen la posición u opinión oficial de esta institución o del gobierno distrital y solo recoge la opinión de sus autores.

INSTITUTO DISTRITAL DE PATRIMONIO CULTURAL
www.idpc.gov.co
Calle 8 No. 8-52

Espejos de agua * espejos de tiempo... los caminos del occidente

Patrimonios Locales·2019

Historias y miradas de la localidad que vivo

Fontibón y *Techotiba* (Kennedy)

Presentación

El patrimonio cultural inmaterial o intangible está constituido por activos sociales que le dan identidad, sentido de pertenencia y bienestar a los grupos humanos. Comprende prácticas culturales y saberes que se han transmitido de generación en generación, junto con los lugares y demás elementos materiales que les han hecho posibles. Es el legado cultural que cualquier colectividad ha mantenido vivo en respuesta a su entorno y quiere salvaguardar para heredar a las generaciones futuras. En este sentido, las manifestaciones del Patrimonio Cultural Inmaterial (PCI) son tradiciones vivas, colectivas y dinámicas que tienen normas consuetudinarias y valor simbólico, e incluso, pueden ser integrales con otras formas de patrimonio. Se transforman con el paso del tiempo y se enriquecen con otras formas culturales, sin perder aquellos elementos esenciales que las hacen singulares.

Si bien han existido valiosos avances sobre este tema en Bogotá, solo hasta el año 2016 se inició un trabajo sistemático y sostenido, gracias a la creación del Equipo de PCI del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (IDPC). De acuerdo con la misión y las competencias de esta institución, este equipo ha creado el programa Patrimonios Locales, buscando armonizar las necesidades de la ciudadanía con la convención de PCI de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), la política pública del ámbito nacional y los antecedentes distritales en la materia. Patrimonios Locales es un proceso de largo aliento, cuya finalidad es fortalecer la capacidad social de gestión de las personas interesadas en activar la salvaguardia participativa del PCI bogotano.

A través de una convocatoria abierta a todos los ciudadanos mayores de 18 años en cada localidad donde hace presencia, Patrimonios Locales abre un espacio horizontal para el diálogo de saberes y experiencias entre personas diversas, el cual se potencia con herramientas conceptuales y metodológicas que fomentan la investigación participativa y creativa en torno al PCI y a la memoria local. Este programa inició en 2017 en Bosa, Los Mártires y Usme, en 2018 continuó el proceso en estas localidades y amplió su cobertura a las de Antonio Nariño, Barrios Unidos, Engativá, Fontibón, Kennedy y San Cristóbal, y en 2019 dio continuidad al proceso en estas nueve localidades a través de una segunda y tercera fases, respectivamente. A final de año se realiza un encuentro con los participantes de todas estas localidades, generando un espacio para el intercambio de experiencias, así como una oportunidad para fortalecer la red de investigadores y gestores locales vinculados a Patrimonios Locales.

En las localidades de Antonio Nariño, San Cristóbal, Barrios Unidos, Engativá, Fontibón y Kennedy o *Techotiba*, el proceso que en 2018 inició de manera exploratoria, en 2019 viró hacia la investigación participativa y creativa. Producto de ello es la presente cartilla, resultado del trabajo y compromiso de los participantes de Fontibón y *Techotiba* con este proceso y sus territorios. Con la asesoría y el acompañamiento del Equipo de PCI, los participantes iniciaron la investigación de manifestaciones patrimoniales asociadas a la cultura culinaria, al lenguaje y la tradición oral y a la agricultura y el conocimiento de la naturaleza, así como de temas relevantes de memoria local relacionados con el sistema hídrico que conecta las cuencas de los ríos Fucha y Bogotá, procesos de inmigración y organización social, conflicto armado, patrimonio cultural material y personajes emblemáticos. Los hallazgos investigativos han sido plasmados de forma creativa por los participantes en esta cartilla que, esperamos, disfruten todos los lectores.

Espejos de agua, espejos de tiempo... los caminos del occidente hace parte de la colección de publicaciones de Patrimonios Locales, que hoy cuenta con cinco volúmenes y un juego de mesa. Esta serie constituye una apuesta por dar a conocer la riqueza cultural de las localidades de Bogotá en clave de patrimonio cultural inmaterial y de memoria colectiva. Patrimonios Locales es un aprendizaje continuo y demuestra que es posible construir conocimiento colectivo y creativo con la participación activa de la ciudadanía.

Equipo de Patrimonio Cultural Inmaterial
Instituto Distrital de Patrimonio Cultural

Tabla de contenido

- Presentación 4
1. El gran lago *Techovita* 8
2. Recuerdos del Puente Grande al Fucha 14
3. Póngale la lupa al Fucha 20
4. Breve historia de cómo llegué a este Fontibón 24
5. ...Y reapareció la *chucua* de la Vaca... 26
6. Una casa modelo de un barrio sin proyecto 36
7. A pan duro, diente agudo 42
8. Mi hermana Raquel 48
9. Historias de la cocina del maíz en casa 54
10. Amelia, una leyenda viva 66

El gran lago *Techovita*

Investigación y mapas:
Omaira Figueredo

Época prehispánica

Los pobladores originarios del territorio que hoy conocemos como Sabana de Bogotá fueron los muiscas. Entre los ríos Tunjo, Fucha y Bogotá se encontraba el gran lago *Techovita*. Algunas versiones cuentan que este territorio, hoy conocido como Kennedy, fue nombrado por sus antiguos habitantes como *Techo*, que quiere decir *nuestro lago*: *Te* (lago) - *Cho* (nuestro). Según otras versiones, se le conocía como humedal *Techovita*, dado que allí habitaba el cacique del mismo nombre.

El lago era considerado sagrado, por ser lugar de vida. Como hacía parte de un sistema hídrico propio de la planicie inundable de los ríos Tunjuelo y Fucha, los muiscas vivían en las partes más altas y sembraban sus alimentos en las orillas de las fuentes hídricas. Sembraban maíz, papa, frijol, quinua y algodón. El maíz se convirtió en la base de la dieta sabanera y en el insumo fundamental de una bebida fermentada que perduraría hasta nuestros días: la chicha.

Colonia

Durante la Colonia, estas áreas fueron fragmentadas y dispuestas para la actividad agropecuaria, lo que dio inicio a la desecación del cuerpo de agua, junto con la aparición de grandes haciendas como la del Tintal y la de Techo -posteriormente denominada El Rosal-, lugares dedicados también al esparcimiento. Allí los españoles introdujeron trigo y cebada para hacer pan, productos base de su dieta alimenticia que contribuyeron a correr la frontera agrícola.

Urbanización

Entre los hitos históricos que han afectado este ecosistema de humedales se destacan los siguientes:

1930 - Construcción del Aeropuerto de Techo.

1944 - Construcción de la avenida de Las Américas, que dividió la hacienda El Tintal en el Lago Timiza y los humedales de La Vaca, El Burro, Techo y Tibanica.

1952 - Construcción de la avenida El Dorado.

1961 - Inicio de la construcción de Ciudad Techo.

1968 - Construcción de la avenida Primero de Mayo.

1972 - Inauguración de Corabastos.

1973 - Fundación de la cervecería Bavaria en el barrio Castilla, que aceleró la urbanización de la zona.

1974 - Construcción de la avenida Boyacá.

1979 - Se instaló la planta de transferencia de basuras de la Empresa Distrital de Servicios Públicos (EDIS), donde ahora queda la Biblioteca Pública El Tintal.

2004 - Construcción de la avenida Ciudad de Cali, que partió en dos el humedal El Burro.

Bibliografía

BONILLA MARTÍNEZ, Laura Margarita. 2011. *La Vaca, El Burro y Techo: memorias de los oasis de la localidad de Kennedy*. Tesis de grado, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Recuperado de: https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/5662/tesis729.pdf?sequence=1&isAllowed=y

SALDARRIAGA ROA, Alberto. 2006. *Bogotá siglo XX: urbanismo, arquitectura y vida urbana*. Departamento Administrativo de Planeación, Alcaldía de Bogotá.

SECRETARÍA DISTRITAL DE AMBIENTE. 2015. *Zuna: pasos que nos develan Bogotá*. Alcaldía Mayor de Bogotá.

Recuerdos del Puente Grande al Fucha

Investigación y textos: Joaquín Andrés Palacio Gómez

...Viendo el Fucha
cual la apacible corriente,
de este río se desliza por el prado
mi vida muy dulcemente pasaba
¡Más, cuán a prisa ha cambiado!
Él continúa su carrera
debajo de los alisos
cual solía.

Soledad Acosta de Samper, *Diario íntimo*

De niño fui pocas veces al parque de Zona Franca, aunque vivía cerca. Recuerdo con claridad un día de agosto, intentaba elevar cometa, subí a un montículo de tierra y me encontré el río Bogotá. No era cristalino, ni vivo como se ven los de la tele o los de los pueblos cuando hay "paseo de olla". En su lugar, era negro, llevaba basura, era la fuente del mal olor que inundaba la zona. Me encantaba estar en el agua (ríos, mar, piscina), pero este río daba miedo, imaginaba que caía ahí, enfermaba y moría. Esta fantasía empeoró cuando vi el cadáver de un perro arrastrado por la corriente. Había aprendido que el agua era vida, pero el río Bogotá solo llevaba muerte en sus cauces.

Por eso, jamás hubiera creído que se podría recorrer el río y sentir nostalgia a la vez. Sin embargo, cuando decidimos recorrer el camino que traza la ronda del río, este sentimiento se apoderó de mí varias veces. Cuatro personas hicimos el recorrido, Sol, Omaira, Alfredo y yo, respaldados por Kronos, uno de mis perros. Nuestro plan era iniciar en Zona Franca, continuar hasta la desembocadura del río Fucha y remontar hasta donde el camino nos permitiera. Mientras caminábamos, Alfredo nos explicaba los esfuerzos por recuperar el río: se separan las tuberías, de forma que las aguas residuales sean tratadas en plantas, antes de ser vertidas al río. También nos contó sobre el camino en construcción de Chía a Soacha, que procura la apropiación del río y propicia su cuidado. Sin embargo, estoy asombrado por la desaparición del olor fétido y la presencia de muchas aves, entre ellas, patos.

Durante la Colonia, los santafereños se reunían en Puente Grande para dar caza a esos patos, al menos, eso relata Roberto Velandia (1983) en su libro *Fontibón: pueblo de la Real Corona.* El puente, que nombra la zona, fue el primero construido sobre el río Bogotá, data de 1665. Antes de su construcción, se debía atravesar el río en barcazas o a lomo de indígenas. Las bases del puente permanecen y soportan el transporte de quienes entran a Bogotá por Fontibón. Supongo que hay dos formas de ver la historia: imperceptible en lo cotidiano o conmemorativa en la memoria, tal como le sucedió al Puente del Común.

Ahora estamos en otro puente, ubicado en la carrera 106, más reciente y hecho de metal. Si cruzas llegas al municipio de Mosquera, se pueden ver vacas y casonas que debieron ser parte de las antiguas haciendas que se asentaban sobre el cauce del río. Una zona perfecta para el cultivo y el pasteo de vacas lecheras. Ahora se pueden ver hortalizas, pero en el periódico *El agricultor*, de 1868, se lee que lo habitual en esta parte de

Escena Mad Max *a orillas del Fucha*. Fotografía: Sol Gaitán, 2019.

Desembocadura del río Fucha en el río Bogotá. A la izquierda Kennedy, en el centro Fontibón y Mosquera a la derecha. Fotografía: Sol Gaitán, 2019.

la sabana eran los cultivos de cebada y trigo que surtían las panaderías de Santa Fe. En esta publicación también se reproduce un capítulo de Luis Figuier con el fin de dar consejos para drenar las tierras pantanosas, mejorando su valor comercial y aumentando las zonas de cultivo.

Mientras patos, gorriones y gavilanes vuelan, el viento mueve las hojas de calabaza que crecen a orillas del camino y Kronos olfatea. Llegamos a la trifrontera: las localidades de Fontibón y Kennedy y el municipio de Mosquera se ven en un solo lugar, se confunden y dejan de ser territorios distintos. El río Bogotá gira, cambia su dirección, delimita la ciudad. Poco más adelante, el río Fucha hace su aparición. Hay muchas historias en torno a su nombre. Por ejemplo, Julián Vargas (2007) en su *Historia de Bogotá* explica que significa "mujer" en lengua chibcha, pero en el *Papel periódico ilustrado* del 6 de agosto de 1886 nos cuentan que *fucha* es el nombre de unos pequeños caracoles que habitaban el río y que, con sus conchas, las muiscas de la zona adornaban sus cuellos.

La historia del Fucha no es solamente la de su nombre, narra el pasado de la ciudad, su crecimiento y nuestra relación con el agua. La desembocadura no es el lugar de su muerte, sino el encuentro de experiencias y prácticas de los santafereños. Ahora el Fucha aporta el 35% de la contaminación del río Bogotá, cuando las aguas se juntan los olores fétidos vuelven a aparecer. Inclusive, pudimos ver un cúmulo de basuras similar a un pequeño barco, una escena tan surreal que durante algunos minutos debatimos si se trataba de una piedra o no.

Hace 240 años, los habitantes humildes de Bogotá escapaban los fines de semana a las riberas del Fucha, donde comían papas con ají, jugaban bolos y turmequé, o al menos, eso cuenta Pedro Ibáñez (1951) en sus *Crónicas de Bogotá*.

Quinta de Nariño a orillas del Fucha. *Papel Periódico Ilustrado* N° 96, p. 86, 1886.

Por su parte, el periódico *La siesta* de 1886 cuenta que cuando los estudiantes se "volaban" de clases, corrían al río, se acostaban en la yerba, comían queso con bocadillo y miraban las nubes.

De otro lado, las personas más prestantes preferían edificar sus casas de campo en esta zona. Tal vez la más famosa era la Quinta de Nariño, en ella Soledad Acosta de Samper pasó varios días de 1850, sus ideas y pensamientos se encuentran en su *Diario íntimo*. Los alisos, el canto de las aves, el viento que acariciaba la corriente del Fucha eran parte de los paseos campestres, mientras suspiraba de amor. Pocos testimonios hoy quedan de esa casa, ni siquiera estoy seguro dónde quedaba, apenas encontré los grabados que acompañan el *Papel Periódico Ilustrado* de 1886.

La quinta fue el lugar donde Antonio Nariño redactó *Los toros del Fucha*, algunas páginas de *La Bagatela* y se reunía con aquellos que aspiraban a liberarse de la Corona española. Antes de ser propiedad del prócer, la quinta era el lugar de recreo de los virreyes, en ella se hacían representaciones, grandes fiestas y banquetes llenos de fresas que crecían en la cercanía y quesos frescos, típicos de la sabana.

En la Colonia las aguas del Fucha surtieron el acueducto de Agua Vieja, que llevaba agua a la plaza Mayor. Se construyó la fábrica de pólvora y el aserradero cerca de su ribera, en lo que hoy es la localidad de San Cristóbal. El río dividió los resguardos de Fontibón, Techo y Tintal de la Capellanía y guiaba el camino de Occidente, por donde se transportaban viajeros y mercancías entre la ciudad y el río Magdalena. Las tierras vastas y el fértil valle del Fucha fueron escenario de homicidios, robo de ganado, rituales indígenas prohibidos por la Iglesia y muchas otras historias que aún ignoramos.

Omaira, una de mis compañeras de recorrido, ha leído que antes de la llegada de los peninsulares toda la zona baja del Fucha

Escena Mad Max *a orillas del Fucha*. Fotografía: Sol Gaitán, 2019.

conformaba un gran lago, del cual los humedales de Capellanía, la Vaca, el Burro y Techo son testimonio. La división de resguardos fue el primer paso en su reducción. El Aeropuerto de Techo, la llegada de Bavaria a la zona y la construcción de viviendas en Kennedy y Corabastos fueron la estocada final del gran cuerpo de agua.

Hoy parece una locura acostarse cerca de sus aguas, comer queso con bocadillo, leer, jugar a los bolos o pensar en el amor, más porque al salir de la ribera los talleres y chatarrerías se asemejan a una escena de *Mad Max*. Sin embargo, Sol, mi otra compañera de recorrido, dice que ella cuando niña aún podía acostarse en el pasto cerca al Fucha y disfrutar la luz del día, arriba, en la localidad de Antonio Nariño. Existe una ciclo-ruta llena de personas que transitan entre Fontibón y el Tintal, aunque cuentan que de noche es un camino peligroso. Inclusive nosotros mismos disfrutamos del camino alrededor del río Bogotá.

Existe la oportunidad de disfrutar el agua nuevamente, pero para eso debemos procurar su cuidado y recuperación. Hace falta entender su historia, comprender cómo hemos afectado las fuentes hídricas en Bogotá, aceptar que les hemos dado la espalda y hemos renegado de su existencia. No solo se logrará destinando millones de pesos para su recuperación o con planes técnicos. Debemos apropiarnos de ellas, conociéndolas y recorriéndolas. Salir un domingo en la mañana y pasear en bici por las riberas, tal vez cazar con nuestras cámaras fotos de los patos y demás animales que aún viven en la zona. De esta forma, en menos tiempo del pensado podremos volver a estar en el prado jugando turmequé, actuando, recogiendo fresas y posiblemente haciendo cosas nuevas que aún no imaginamos. Lo maravilloso de remontar las corrientes del pasado es que nos permite pensar un mundo nuevo, podemos cambiar hacia lo que queremos ser.

Bibliografía

ACOSTA DE SAMPER, Soledad. 2016 (1853-1855). *Diario íntimo*. Biblioteca Básica de Cultura Colombiana, Ministerio de Cultura, Bogotá, pp. 464-465. Recuperado de: https://catalogoenlinea.bibliotecanacional.gov.co/client/es_ES/search/asset/190953/1

CAICEDO ROJAS, José. "Una quinta histórica: recuerdos de la infancia de la patria". (6 de agosto de 1886). *Papel periódico ilustrado*. No. 97, Tomo V, pp. 10-12.

FIGUIER, Luis. "El drenaje o saneamiento de las tierras pantanosas". (21 de junio de 1868). *El agricultor*. Año 1, No. 3, pp. 44-47. Recuperado de: http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll26/id/4266

IBAÑEZ, Pedro. 1951. *Crónicas de Bogotá, Tomo II*. ABC, Bogotá, p. 68. Edición virtual de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Recuperado de: http://babel.banrepcultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll10/id/2396

URDANETA, Alberto. (15 de junio de 1886). "Carta de Sofía". *La siesta,* Pp. 84-85, Bogotá.

VARGAS LESMES, Julián. 2007. *Historia de Bogotá: Conquista y Colonia. Tomo I*. Bogotá, Villegas Editores.

VELANDIA, Roberto. 1983. *Fontibón, pueblo de la Real Corona*. Bogotá, Alcaldía Mayor.

Póngale la lupa al Fucha

El río Fucha nace en el páramo de Cruz Verde, en la localidad de San Cristóbal, atraviesa las localidades de Antonio Nariño y Puente Aranda y separa las localidades de Kennedy y Fontibón hasta desembocar en el río Bogotá. Hace parte del sistema hídrico de la ciudad, junto a otros ríos, humedales, quebradas y canales que confluyen en el río Bogotá.

Como el agua viaja y se transforma permanentemente, el ciclo hidrológico se repite sin principio ni fin. En este proceso participan la vegetación, el suelo y el aire de la atmósfera. Sin embargo, al ciclo hidrológico se superpone la actividad humana, que de una u otra manera afecta a las aguas y a los habitantes humanos y no humanos de los territorios circundantes. Desde la fuente natural llegan aguas a la casa, al negocio, a la escuela y a la industria, y desde allí retornan a la fuente en otro punto.

Investigación: Alfredo Vargas
Mapas: Pedro Vargas

VERTIMIENTOS
Descarga de aguas residuales (domésticas, industriales y otras) que a través de tuberías llegan directamente al río.

REJILLAS
Recogen las aguas lluvias de vías y casas, por entre sus rendijas se cuelan colillas y otras basuras.

ALCANTARILLADO
Antes se utilizaba un sistema combinado de aguas lluvias y residuales en una tubería que descargaba al río Bogotá. Desde la década del setenta en un 70% de la ciudad se dividió el alcantarillado en uno pluvial, que lleva las aguas lluvias al río, y uno sanitario, para que las contaminadas sean conducidas a las plantas de tratamiento de aguas residuales -PTAR- antes de ser vertidas sobre el río.

CONEXIONES ERRADAS
Conexión de la tubería de una casa, establecimiento o industria a una tubería de aguas lluvias.

Breve historia de cómo llegué a este Fontibón

Por: Félix Antonio Hernández Martin

Mi nombre es Félix Antonio Hernández Martin, nacido y criado en un pueblito muy lindo del valle de Tenza. Un domingo, 18 de octubre de 1942, mis padres, Agapito Hernández y Araminta Martin, ya fallecidos, me pusieron el nombre de Félix Antonio. Al principio no me gustaba porque mis amigos de la infancia se burlaban cambiando mi nombre por ofensas como "hola infeliz", pero cuando llegué a la edad adulta supe que el nombre de Félix también fue de algunos papas -hubo Félix I, II y hasta III-, entonces me emocionó saber que mi nombre fue también el de unos casi santos. Este nombre viene del latín y significa "aquel que se considera feliz y afortunado".

Llegué a Bogotá buscando una mejor calidad de vida. El campo era muy bueno, pero para tener algo de dinero debíamos esperar el tiempo de la cosecha, que sucedía cada año, o cada seis meses si estábamos de suerte, si no, quedábamos con deuda en el banco y ellos no perdonan, no rebajan las deudas de los préstamos para cultivar. El sueldo de ese entonces para un "medio cuchara" o menor de edad, como yo, eran 80 centavos y la mayoría de edad se cumplía hasta los 21, en cambio, el sueldo de los adultos era de un peso.

La jornada diaria iba de siete de la mañana hasta que oscurecía, eran aproximadamente diez u once horas de trabajo, y a mí no me gustaba hacer esto. Tenía unos tíos que trabajaban en Fontibón y llegaban al pueblo en vacaciones para pasar Navidad y Año Nuevo, yo los veía con dinero, y les pedía que convencieran a mis padres para poder ir a Bogotá: "Dígale a mi papá que me deje ir con ustedes porque veo que en Bogotá es mejor conseguir los centavitos". Fueron cuatro años de súplica, hasta que en la navidad de 1959 mis padres me concedieron el permiso: "Lo dejamos ir, pero no se vaya a olvidar que nosotros existimos".

Llegué a Bogotá un 10 de enero de 1960 y empecé a buscar trabajo. Pude encontrar empleo en la plaza España como ayudante de camioneta para entregar mercados por toda Bogotá en las tiendas de los barrios. Trabajaba de siete de la mañana a siete de la noche cargando bultos de papa, arracacha, mazorca, zanahoria y otros productos. Mi sueldo era de cinco pesos el día, eso eran 150 pesos mensuales. Entonces mi vida empezó a mejorar. Para mí fue maravilloso contar con este dinero, era una buena plata que hoy no alcanza ni para comprar una mogolla.

Mi trabajo de ayudante de camioneta duró seis meses. Un día un amigo me preguntó "Félix, ¿le gustaría trabajar en plomería?", yo no sabía qué era eso. Él me explicó que un plomero hacía instalaciones de agua para edificios y casas, me dijo que podía aprender y que eso me podía representar mejores ingresos. Me convenció y empecé el trabajo de plomero, con un sueldo de cinco pesos al día. Le puse mucha atención y aprendí rápido a interpretar un plano. Al año ya era oficial de plomería, me habían aumentado el salario y podía tener una mejor calidad de vida, pagar una habitación y comprar mis cosas, como utensilios de cocina, radio y hasta televisor a blanco y negro.

Cuatro años después me ofrecieron comprar un lotecito de ocho por ocho metros, lo pagaba en cómodas cuotas mensuales, si por algún motivo no podía pagar, no abusaban de uno, aplicaban el plazo para el pago de esa cuota. Esto me entusiasmó porque le entregaban a uno el lote, si uno tenía los medios para construir, los vecinos y amigos le ayudaban a uno a adelantar la construcción, decían "yo le ayudo y luego usted me ayuda a mí", y así sucedió. Cada semana o cada mes se iba comprando el material (arena, ladrillo o bloque) y, poco a poco, construimos la vivienda donde vivo actualmente con mi compañera en el barrio La Isla, en Fontibón.

Soy hijo adoptivo de Fontibón y me siento muy orgulloso. Estando aquí, compartiendo con amigos y vecinos, me enteré que otras personas llegaron a Bogotá desplazadas por grupos al margen de la ley porque no aceptaron hacer el pago de "vacunas", impuestos que estos grupos imponían a los campesinos, ni cultivar "miti miti". A quienes no aceptaban les decían "se va, o se queda, pero muerto", y les daban el tiempo justo para salir solo con lo que tenían puesto, dejando a su suerte todos los animales que tenían, hasta el perro, el compañero fiel. Les decían que no miraran atrás y les recordaban lo del pasaje bíblico de la estatua de sal. Lo que dejaban lo destruían, los cultivos, la casita levantada con tanto esfuerzo. Ellos salían llorando, tenían que empezar una nueva vida. Muchos llegaron a Fontibón porque desde aquí es fácil llegar a otras partes de Bogotá y empezaron a buscar trabajo para alimentar a sus familias.

En el barrio no contábamos con servicio de agua, con los vecinos hicimos un pozo profundo para extraerla y teníamos un pozo séptico para el sanitario. Al principio, en las noches nos tocaba alumbrar con vela y nos tocaba acostarnos temprano. Luego se empezaron a conformar las juntas de acción comunal, lo que ayudó en la solicitud de los servicios, como agua, luz, teléfono, y con la pavimentación de las calles. Con la llegada de la luz se fueron comprando la radio, los equipos de sonido y, luego, el televisor a blanco y negro. La gran alegría eran los fines de año, rezábamos las novenas y celebrábamos en el barrio.

Cuando ya tenía más amistades armábamos el paseo al Fucha. Nos reuníamos un domingo en algún punto para ir juntos al río. Hacíamos el piquete en la parte del Fucha por donde hoy queda la avenida Ciudad de Cali. Alguien llevaba las papitas, otro la yuquita y otro el aceite, la cebolla y la sal. Allí cocinábamos, nos bañábamos y pescábamos, pero los pescaditos sí los llevábamos para la casa. Para pescar usábamos un hilo que atábamos a un gancho delgado al que le poníamos un pedazo de carne y lo echábamos al río. Como el agua era cristalina, se veían los peces, ¡qué recuerdo tan hermoso! y ¡qué impresión!, hoy en día esos peces ya vienen envenenados y enfermitos por todo lo que le echamos al río. Luego de disfrutar, en la tarde nos devolvíamos a pie para la casa. Eran otras épocas y otros caminos.

...Y reapareció la *chucua* de la Vaca...

Investigación:
Yoleth Paniagua Rios
Mónica Rivera Tabares

Chucua proviene del vocablo muisca *chupkua*, traducido como pantano o humedal. El humedal La Vaca o *chucua* La Vaca contaba en la década de los cincuenta con aproximadamente 145 hectáreas, que fueron desapareciendo progresivamente por la acelerada y desorganizada urbanización de la década de los setenta. Su nombre proviene del hecho de que, antes de los noventa, sus terrenos también se utilizaban para que las vacas pastaran, algunas de las cuales quedaban allí atrapadas.

Después de un complejo proceso de recuperación, actualmente cuenta con nueve hectáreas distribuidas en dos sectores separados por barrios, entre las avenidas Agoberto Mejía y Ciudad de Cali y entre el muro sur de Corabastos y la avenida Villavicencio, respectivamente.

Queremos agradecer a las siguientes personas que hicieron significativos aportes a nuestra investigación:

Dora Consuelo Villalobos, quien llegó al sector de Patio Bonito en 1991 con su familia, la cual venía en situación de desplazamiento forzado desde Boyacá. Dora compró un lote cerca de Corabastos, donde posteriormente construyó su casa. Participó en el proceso organizativo de recuperación ambiental del humedal La Vaca y de acompañamiento y seguimiento al reasentamiento de familias. Es la representante legal de la Fundación Grupo Banco de Semillas, ganadora en el año 2010 de la mención cívica Amor por Bogotá, gracias a su trabajo de recuperación, conservación y educación alrededor del humedal La Vaca, del que actualmente es intérprete ambiental.

Diana Castro, joven lideresa del territorio involucrada en la recuperación de los humedales y espejos de agua. Ha sido formada en colectivos ambientales de mujeres y educación popular como Tibas por Techo, Simbiótica, Guaches y Guarichas, Sihyta, Techotiva Ambiental y Red de Educación Popular de Techotiva. Es administradora ambiental de la Universidad Distrital y actualmente cursa una especialización en gestión y educación ambiental.

★ Biofiltro en *chucua* La Vaca Norte. Fotografía: Sol Gaitán, 2019.

Chucua La Vaca Norte

"Lance la piedra y escoja su lote", recuerda la líder comunitaria Dora Villalobos sobre el sistema de oferta de urbanizadores piratas.

"Ellos nos imponían un biofiltro que no limpiaba el agua y no tenía nada de vivo. Nos pusieron un reto: nosotras, como mujeres de la comunidad, investigamos y experimentamos por nuestra cuenta y propusimos nuestro propio modelo, que es el que funciona ahora".

Dora Villalobos

1986 - Aparecieron las primeras viviendas, sobre lotes vendidos por urbanizadores ilegales que rellenaron con escombros cargados por volquetas del Distrito Capital, de la Alcaldía Local de Kennedy y de la policía.

1994 - En aras de gestionar los servicios públicos para el barrio, vecinos liderados por Dora Villalobos iniciaron trámites con el fin de legalizar el barrio Amparo Cañizares, que finalmente obtuvo personería jurídica. Tiempo después, la Procuraduría General de la Nación emitió la resolución que afirmaba que este y otros barrios estaban construidos sobre un humedal y, por tanto, las viviendas eran ilegales y tenían que ser levantadas.

1997 - A partir de un estudio de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá (EAAB), se consideró que de las 25 hectáreas solo nueve eran recuperables.

1999 - Con la declaración del Acuerdo No. 035 de 1999, se modificó el uso del suelo y se hizo una nueva demarcación del humedal La Vaca en dos sectores: Norte (7 hectáreas) y Sur (2 hectáreas). Se inició, entonces, la legalización de los 14 barrios aledaños y el proceso de seguimiento y posterior reasentamiento de las 160 familias que quedaron dentro de la delimitación de la zona de ronda en el sector Norte.

2007 - Máquinas excavadoras de la EAAB removieron 8.000 toneladas de escombros, lodos y basuras. Dora cuenta que, paralelamente, mientras les decían "¡Viejas locas, desocupadas, qué van a salvar eso, si ya está perdido!", ella y otras once mujeres activas en el proceso recolectaron parte de los lodos y los llevaron al vivero recién construido para "despertar las semillas adormecidas", que posteriormente fueron trasplantadas. La vegetación nativa, expresada en especies como el barbasco, la "lentejita" de agua y la "sombrillita", se fue propagando y atrayendo aves y otros animales que regresaron al humedal.

2010 - Entró en funcionamiento el modelo comunitario de biofiltro natural en contrapropuesta al diseñado por la institucionalidad: es el único humedal en Bogotá que utiliza este sistema, a partir de juncos traídos del humedal Jaboque con una capa de lodo y gravilla.

★ Fotografías: Dora Villalobos, 2002, 2006 y 2008, Voleth Paniagua Ríos y Mónica Rivera Tabares, 2019.

Chucua La Vaca Sur

"Si la parte del humedal Vaca Norte se recuperó ¿por qué no en Vaca Sur?"

Diana Castro

2013 - Se inició la limpieza del humedal La Vaca Sur por parte de la comunidad y colectivos que trabajan en la zona.

2017 - Se inició la recuperación del humedal después de una lucha constante por la comunidad aledaña.

★ Fotografías: Diana Castro, 2013. Yoleth Paniagua Rios y Mónica Rivera Tabares, 2018 y 2019.

Proceso social de la *chucua*

"Colectivos como Guaches y Guarichas, Conspiracción y Simbiótica se han tomado los espacios con jóvenes"

Diana Castro

"¿Cómo darle ese sentido real? Además, porque es una propuesta de las comunidades, no es una propuesta de la alcaldía, no es una propuesta institucional porque, precisamente, es un festival en el cual a las entidades distritales se les están haciendo unas exigencias"

Martha Claudia Tovar (2015), Centro FASOL

"¿Cuál es la ganancia? Que han mantenido durante trece años un festival, es que mantener un festival en épocas de globalización, de individualismo, que la gente ya no sale de los centros comerciales, de sus casas, de estar pegados al televisor, del computador, y hacer un festival y que salga la gente al parque, a ver un evento cultural [...], donde no va ver el reguetón sino donde va a ver sus tradiciones culturales, eso es una ganancia enorme, pero esa ganancia se tiene que mantener, ¿cómo? con una organización social donde se diga 'la plata simplemente es el medio'"

Mauricio Castellanos (2015), Colectivo Cultural Muqueta

2002 - Inició el Festival Chucua La Vaca como proceso comunitario y autogestionado para exigir derechos, con una apuesta cultural de comparsa, en la que participan varias organizaciones aliadas. Se acordó el 20 de julio como fecha de celebración para expresar, como refiere Mauricio Castellanos (2015), "la continuidad de la lucha por otra independencia".

2006 - El festival empezó a recibir recursos estatales, hecho que generó perspectivas encontradas entre los participantes, por la autonomía en su organización.

2019 - Alrededor de los barrios de la *chucua* se ha construido un tejido social, a través del grafiti y a partir de un corredor que conecta los sectores Norte y Sur con murales alusivos al humedal La Vaca, a modo de apropiación de las personas de la comunidad, en especial los jóvenes.

★ Fotografías: primer Festival Chucua La Vaca. (Archivo de 2013). Yoleth Paniagua Ríos y Mónica Rivera Tabares, 2019 (el mural es en el parque Cayetano Cañizares).

Chucua de letras La Vaca

B	S	P	A	T	O	O	A	B	C
O	A	I	T	H	G	H	F	E	D
R	N	T	I	N	G	U	A	N	M
R	G	O	J	J	A	B	K	L	O
A	R	R	N	S	V	R	Q	P	T
C	E	C	O	S	I	R	I	R	I
H	G	A	M	A	L	V	C	B	M
E	A	Z	A	S	A	U	C	E	T
R	D	A	C	O	N	I	B	A	O
O	O	C	O	L	I	B	R	I	L
A	J	C	H	I	C	A	L	A	E
B	C	U	G	H	F	S	S	A	U
R	T	I	N	P	O	L	I	U	Y
A	B	N	M	C	A	E	J	N	A
U	O	I	T	U	O	C	B	A	H
A	M	A	N	O	D	E	O	S	O

Estas son las especies que actualmente habitan el humedal, encuéntralas en la *chucua* de letras:

ANIMALES	**PLANTAS**
Pato	Sangregado
Monjita	Sauce
Torcaza	Junco
Tingua	Mano de oso
Gavilán	Tinto
Búho	Chicalá
Sirirí	Hayuelo
Colibrí	Borrachero

Referencias

CASTELLANOS, Mauricio. [Alcaldía Local de Kennedy]. (2015, agosto 27). *CHUCUA LA VACA EN BLANCO Y NEGRO* (Makia Productora Audiovisual). [Archivo de video]. Recuperado de: https://vimeo.com/137505968

TOVAR, Martha Claudia. [Alcaldía Local de Kennedy]. (2015, agosto 27). *CHUCUA LA VACA EN BLANCO Y NEGRO* (Makia Productora Audiovisual). [Archivo de video]. Recuperado de: https://vimeo.com/137505968

Una casa modelo de un barrio sin proyecto

Investigación y textos:
Rosalba Silva Esquivel

Pintura de la laguna que existió en La Campiña, cuadro en casa de Martha Isabel en el barrio La Campiña, Kennedy. Fotografía: Rosalba Silva, 2019.

A Kennedy llegaron muchas familias de diferentes departamentos del país, desplazadas por la violencia bipartidista de los años 40. Con la nostalgia de abandonar el terruño, dejaban atrás su campo, sus cultivos, sus sueños, sus tradiciones y sus ilusiones. También llegaron personas que ya vivían en otras partes de la ciudad, como el Centro y los barrios Inglés, Olaya, Quiroga o Restrepo, y a quienes les atraía la posibilidad de comprar un terreno en una zona apreciada por su paisaje y por estar cerca de la naturaleza.

En un barrio de esa zona vive doña Martha, su casa es la más antigua de la localidad y parece suspendida en el tiempo, es una cabaña de madera que llama la atención porque conserva su construcción inicial y contrasta con las casas de cemento y ladrillo que están a su alrededor. Martha recuerda que todo comenzó cuando su suegro, don Manuel Saavedra, se trasladó de Cartagena a Bogotá por su trabajo en Ferrocarriles Nacionales de Colombia y llegó a vivir al barrio Restrepo. Al ser miembro de la Cooperativa de Trabajadores Ferroviarios (Ferrocaja), le ofrecieron la posibilidad de comprar un terreno a las afueras de la ciudad. Fue así como a comienzos de 1960 compró una propiedad en un lugar campestre que le llamaban La Campiña porque allí había una laguna rodeada de cultivos de cebada y trigo.

Cuando don Manuel y su familia se trasladaron a La Campiña, ni se imaginaron que este lugar iba a hacer parte de una localidad nueva que llevaría por nombre un apellido extranjero, el del presidente de Estados

Unidos, John F. Kennedy. La historia de esta familia en el territorio sucedió al margen del proyecto de urbanización Ciudad Techo, implementado en otra zona de la localidad en el marco del programa Alianza para el Progreso, pactado entre los gobiernos colombiano y estadounidense e inaugurado con la visita del presidente norteamericano. Más adelante, esta urbanización recibió el nombre de Ciudad Kennedy en homenaje a este presidente, luego de conocerse la noticia de su asesinato (tiempo después se adoptó el nombre Kennedy para la localidad).

Mientras Ciudad Techo empezaba, por la zona de La Campiña el proyecto social de Ferrocaja fracasó. Este proyecto planteaba construir un espacio de descanso destinado a los trabajadores, con casas de campo para pasar los fines de semana, pero solo se construyó la casa modelo en 1961. Al transcurrir el tiempo, el proyecto no se pudo sostener debido a que estos terrenos comenzaron a ser ocupados por población desplazada que venía de departamentos como Boyacá, Tolima, Huila o la región cafetera, y ya la inversión en este lugar no era proporcional al beneficio, pues al poblarse cada vez más, se restó espacio a la vida rural que caracterizaba al sitio. Fue así como el terreno que se había destinado para los trabajadores de Ferrocaja se empezó a parcelar y a vender por lotes a las personas que venían con la necesidad de tener su vivienda.

★ Casa modelo, actual vivienda de Martha Isabel, barrio La Campiña, Kennedy. Fotografía: Rosalba Silva, 2019.

Esa única casa que quedó del proyecto de Ferrocaja, la casa modelo, era la propiedad en la que el señor Saavedra había invertido y donde vivió con su familia. Más adelante esta casa la vendió a su hijo, quien llevaba su mismo nombre, Manuel Antonio Saavedra Albanez, y con quien tenía una relación muy estrecha. De esta manera, con una propiedad y planes para el futuro, Manuel Antonio hijo y su esposa Martha Isabel, conformaron su familia en el año 1969, tuvieron tres hijos y establecieron su hogar, marcando el inicio de nuevas convivencias en un espacio rural que poco a poco se fue poblando.

Al principio no contaban con los servicios básicos, solo existía un pozo séptico, no tenían alcantarillado, y de 1969 a 1971 hicieron pilas de agua. Ante esta situación, Manuel Antonio, egresado de la Universidad Libre, asumió el liderazgo de la comunidad y brindó sus conocimientos como abogado para mejorar las condiciones de vida y el acceso a los servicios básicos en el barrio que estaba naciendo. Es así como empezó el liderazgo de Manuel, en una época en que ser líder le implicó sacar adelante un barrio de la nada, orientando la búsqueda de soluciones colectivas para las necesidades que enfrentaban a diario.

Manuel Antonio ayudó a conformar la Junta de Acción Comunal (JAC) en 1971, fue elegido presidente y, durante ese periodo, organizó los diferentes comités para atender las necesidades que iban surgiendo en el vecindario, como los comités de salud, educación, deportes y hasta el comité de "cocinol", que siempre fue coordinado por mujeres. Desde su oficio, Manuel siempre estuvo ayudando a sus vecinos, era solidario con ellos y acompañaba a los demás líderes de su comunidad interviniendo en las entidades del gobierno para reclamar por sus derechos. Más allá de su labor como abogado, ayudó a construir un espacio de convivencia y participación durante su vida en La Campiña, mucho antes de que la localidad se llamara Kennedy y hasta los días de su muerte. Su esposa Martha lo recuerda como un gran líder:

> **Era una persona muy allegada a la comunidad, estaba pendiente de los problemas con los que llegaba la gente, todos los días venían desde temprano a la casa a buscarlo: "mire doctor Saavedra que tengo este problema, necesito sacar una certificación para la casa, necesito ir al médico, necesito la beca", y así con muchas cosas más. [...] También llegaban líderes de la acción comunal de diferentes barrios a hablar con él. [...] Gran líder sí fue, él estaba pendiente de todo, se iba a la Alcaldía Mayor, al Concejo, para ayudar a la gente, a veces se iba con las mismas personas para hablar allá. Eso sí, era peleador: "a mí me tienen que ayudar, cómo es que uno sí vota por ustedes y después le cierran a uno las puertas" [decía].**

Aparte de ser un líder comunitario, Manuel Antonio fue reconocido como artista, desde pequeño tuvo la vena artística para el canto, fue barítono de ópera, participó en presentaciones privadas y transmitidas por televisión en los años 70. Era miembro de varias asociaciones de artistas, integró la Asociación Colombiana de Músicos, fue presidente de la Asociación de Artistas de Colombia (Adecol) y en 1972 perteneció al Sindicato de la Federación de Trabajadores Interamericana del Espectáculo. Militó en el Partido Liberal, era gaitanista, y en 1974 se lanzó como candidato al Concejo de Bogotá, asumiendo su compromiso como líder social y político, pero perdió las elecciones.

La importancia de la música en la vida de Manuel también se evidenció en el barrio. Él coleccionaba música en elepé, y los fines de semana su

Cartel de la participación política de Manuel, hace parte del archivo que tiene Martha en su casa. Foto: Rosalba Silva, 2019.

casa era lugar de reuniones y tertulias; allí cantaban, escuchaban música y discutían de política. La música que se escuchaba en su casa hacía parte de los sonidos del barrio, dentro del repertorio, *Colombia tierra querida* era una canción representativa que los vecinos disfrutaban y se habían acostumbrado a escuchar. Martha también recuerda mucho la canción que Manuel cantaba para ella, *Tiritomba* de Joseph Schmidt, tenor austro-rumano.

Luego de la presión de los vecinos y el compromiso de Manuel en su lucha por las necesidades de la comunidad, solo hasta el año de 1977 se accedió a los servicios básicos en La Campiña. Sin embargo, al pasar el tiempo llegaron invasores oportunistas a vender lotes que no eran de su propiedad y engañaron a personas desplazadas que llegaban con la necesidad de construir su hogar. Esto se dio a tal punto, que Martha recuerda cómo una mañana de 1979 salió al jardín a ver la laguna y se sorprendió al darse cuenta que solo quedaba una pequeña parte porque habían construido sobre esta. Así fue como nacieron los barrios New York I y II, Valencia, Bombay y Villanueva, y así empezaron nuevas proezas para la constitución de otros barrios.

Con el paso de los años, la casa de Martha y Manuel persiste en La Campiña, una casa modelo de un proyecto que no fue, y que sin embargo, se convirtió en el punto de partida para el surgimiento de un barrio popular, el primer barrio de lo que hoy se conoce como localidad de Kennedy, un barrio que creció al margen de los planes de urbanización del gobierno de entonces, con los inconvenientes e infortunios que esto representó. La Campiña, como otros barrios de Bogotá, se levantó a punta del trabajo, la lucha y el liderazgo de sus habitantes, convirtiéndose en una solución para el problema de acceso a la vivienda que se vivió fuertemente en esa época con las migraciones de población campesina a la ciudad.

Foto enmarcada de una presentación de Manuel en un programa de televisión que Martha conserva en su casa. Fotografía: Rosalba Silva, 2019.

A pan duro, diente agudo

Investigación y textos:
Lyda Marcela Fuquene Salas

Recuerdo bien ese día, eran las cinco de la tarde en la estación de La Sabana, lo supe por el reloj grande que aparecía en la pared, cerca de la señora María, una conocida de toda la vida de mi tía Amparito, que al vernos nos saludó gratamente. Al lado de ella se encontraba su esposo, el señor Antonio, quien portaba en su cabeza un sombrero y en uno de sus hombros una ruana. Se dirigió lentamente hacia nosotros para darnos la bienvenida. Mi madre, Clemencia, daba las gracias por el recibimiento, mientras mi padre, Luis, y mi hermano, Carlos, cargaban nuestros ***chiros*** en unas maletas muy desgastadas. Teníamos una ***tusa,*** pues acostumbrados a la *tierrita*, sabíamos que nuestra llegada a la capital sería un ***berraco*** comienzo pa'todos nosotros. Estábamos con ***gurbia,*** no habíamos comido nada en todo el día y, por lo que pude ver en una ventana mientras viajábamos en el tren, había caído un ***palo de agua*** tremendo.

En total éramos diez personas, pero pronto seríamos once, puesto que mi tía Amparo tenía cinco meses de embarazo; esperaba a su primer *chinito* o *chinita,* aún no sabía si sería niño o niña, pero igual, ya le tenía unos posibles nombres: Juanito o Lucerito. También estaban su esposo Rafael, mis hermanos Ceci, José,

Chiros: ropa.
Tusa: preocupación.
Berraco: difícil, que implica mucho esfuerzo.
Gurbia: hambre.
Palo de agua: aguacero.

Estación de La Sabana. Hernán Hernández, 2019.

Ramón, Constanza y yo, la menor de todos, Chavela. Nos sentíamos perdidos e inquietos, lo poco que sabíamos de Bogotá era lo que escuchábamos en la radio, que la gente era ***de caché*** y que se la pasaba lloviendo, además, mi ***papá señor*** siempre tenía un dicho para quienes vivían por acá: "*cachaco,* palomo y gato son tres animales ingratos". Quién sabe por qué pensaba eso, alma bendita que en paz descanse; a él no le gustaba la gente de esta ciudad, pero por fortuna la ***comadre*** de mi tía, muy amable ella, nos ayudó con nuestra llegada, y la hospitalidad con la que nos recibió don Toñito nos hizo sentir como en casa.

Toda la vida, hasta el mes de abril del año 49, vivimos en el campo, en el departamento del Tolima, pero por muchas cuestiones, más que todo por los choques que había entre ***cachiporros*** y ***godos,*** nos tocó ***pisarnos.*** Por eso, hoy nos encontramos en la ciudad, añorando volver al pueblito que nos vio crecer. En ese momento, con mis padres, hermanos y tíos, estábamos asimilando todo lo que se nos venía encima, porque empezamos a ***saltar matones,*** pues lo único que sabíamos hacer en la vida era cuidar de la finca y los animales.

Nuestra primera parada tras llegar a Bogotá fue en La Perseverancia, un barrio que queda cerca de los cerros Orientales y de la plaza de toros La Santamaría. Allí estuvimos un par de años. Mi mamá, mi tía y mis hermanas se encargaban de los quehaceres de la casa, de vez en cuando les gustaba armar sus canastas en mimbre, mientras en la plaza de mercado del barrio, mis hermanos trabajaban arduamente todos los días. De igual forma, mi papá y mi tío fueron obreros, y yo, gracias a la ayuda de doña María, conseguí un trabajo haciendo oficios en una casa que quedaba por Teusaquillo, porque, como decía mi ***mamá señora,*** "todo lo limpio es bonito, menos el bolsillo", y necesitábamos ***platica*** pa'poder vivir, o si no, ¿qué comíamos?

Pese a estar lejos de la *tierrita,* aquí aún se sentían esos choques bipartidistas, todo eso me hacía recordar al pueblito y las peleas que mi ***papá señor*** tenía con alguno que otro vecino de las veredas de por allá, al pobre le daban muchos ***cuescazos*** en esa trompa. Él a veces cargaba el ***mataganao*** o la ***gritona,*** pero llegaba todo ***descachalandrado*** a la finca.

A mi corta edad no sabía nada más que cocinar y limpiar. Conocí gente amable como la señora Margarita, en la casa de ella trabajé por varios años. La doña era muy sociable, organizaba tertulias en su casa, sobre todo con las vecinas. Eso sí, algunas eran ***fosfas*** pero

Taitas. Lyda Marcela Fuquene, 2019.

muy devotas, se reunían de vez en cuando con un sacerdote de apellido Carvajal que siempre se la pasaba ocupado en reuniones en su despacho con gente importante, era muy cercano a la doña y, según ella, él no era de por acá (yo sí decía que el acento que tenía se me hacía como raro, pero eso sí, él era lo más de amigable).

Una tarde, mientras degustaba un *chocolatico* con almojábana y queso, el padre me comentó de un lugar donde mucha gente desplazada como nosotros estaba llegando a vivir, quedaba cerca al hipódromo de Techo, donde mis patrones frecuentaban los fines de semana, incluso varias veces me llevaron allá, era lo más de bonito; eso sí, uno veía un ***jurgo*** de ***mochos.*** De todas maneras, el padre me dijo que si quería vivir por allá, él nos podría ayudar para tener nuestra propia casita. Al comienzo no estaba muy segura, pero de solo pensar que tendría una casita propia pa'todos, me animaba, además en el inquilinato donde vivíamos estábamos apretujados y la familia se estaba creciendo.

Al principio fue un ***camello*** convencer a mi papá de irnos a vivir a otro lado porque se había amañado en los cerros, y después de haber hablado entre todos, de ir y venir durante tres años a las oficinas del padre en el centro de la ciudad, de las largas filas que se armaban pa'llevar los papeles que nos pedían como requisito para la casita, finalmente, llegamos al barrio Carvajal en el año 55. Solo habían pasado cuatro años desde su fundación, así que éramos pocos los que vivíamos por acá, alejados del centro, donde la gente elegante caminaba por la calle Real y las casas eran muy antiguas.

El entorno con el que nos topamos cuando recién llegamos acá era muy diferente. A esto se le conocía como Aeropuerto de Techo, porque antes de que esta zona estuviera habitada por ***taparos*** o ***lombricientas,*** ya había uno que otro avioncito. Sin embargo, cuando recién arribamos, este lugar me hizo recordar cómo era mi vida en el campo, quizás fueron sus paisajes, ese verde tan marcado por el pastizal, las ***chunchosas*** que se alcanzaban a ver a lo lejos o alguna que otra casona, lo que hizo que me sintiera familiarizada.

Sin embargo, no todo fue color de rosa. Resulta que el padre Carvajal, quien quería ayudarnos con una casita, creó una ***melcocha*** porque mi papá y mi tío terminaron uniéndose a una asociación que él tenía, se llamaba Asociación Provivienda

Chavela. Lyda Marcela Fuquene, 2019.

De caché: elegante.
Papá señor: abuelo.
Comadre: amiga.
Cachiporros: liberales.
Godos: conservadores.
Pisarnos: huir juntos.
Saltar matones: escasez de dinero, apuros económicos.
Mamá señora: abuela.
Cuescazos: puñetazos.
Mataganao: cuchillo.
Gritona: escopeta.
Descachalandrado: mal vestido.
Fosfas: presumidas.
Jurgo: bastante.
Mochos/taparos: caballos.
Lombricientas: gallinas.
Chunchosas: vacas.
Melcocha: enredo.

de Trabajadores. Muchas personas se afiliaron a eso porque tenían sus propios chircales, es decir, fabricaban sus ladrillos y tejas. Pero el padre convirtió eso en un negocio, porque no solo vendía los lotes, también los materiales, y además a los nuevos dueños no les entregaba sus respectivos documentos de propiedad. Tan enorme fue el problema que quienes nos vimos involucrados en eso decidimos confrontarlo, ¡que nos diera la cara! Pero resulta que el día que fuimos a la capillita de San Cayetano, la señora Inés, una vecina que le ayudaba al padre con las actividades del barrio, dijo que él se había ido a descansar unos días, pero ¡qué va!, ese descanso se prolongó varios meses y no volvimos a saber nada de él. Algunos decían que estaba en Venezuela ayudando a otras familias a crear sus casas como hizo acá, otros en cambio, insistían en que se había volado.

Como no tuvimos respuesta de nada, ni siquiera del abogado que estaba con el padre, con varios vecinos organizamos una que otra huelga reclamando los susodichos papeles. Salíamos por esas trochas gritando y pasábamos de vez en cuando por donde permanecía el padre, aunque ni siquiera las personas que eran allegadas a él sabían exactamente de su paradero. Mientras unos apoyaban al padre, como mi mamá y mi tía Amparito, porque decían que él había impulsado las labores sociales realizando acciones comunitarias que permitieron la construcción de nuestro barrio, otros lo atacaban, entre ellos mi papá, mis hermanos y unos cuantos vecinos, porque decían que él se había ido, dejándonos ese *problemón* sin solución.

La vaina es que todo esto desató el inconformismo de la gente porque, además, teníamos otros inconvenientes: no había agua ni luz y mucho menos vías de acceso. La única vía que nos servía por aquí era la de Las Américas, pero el transporte era bien difícil porque pasaba tempranísimo y nos tocaba caminar un *jurgo* para llegar hasta donde estaban ***Las monas,*** ese monumento grande que hicieron el mismo año que murió el caudillo del pueblo, Jorge Eliécer Gaitán.

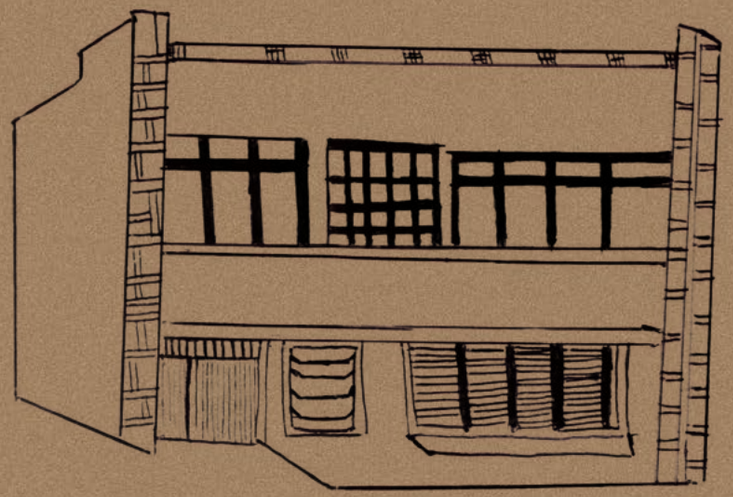
Como dicen por ahí "a pan duro, diente agudo": gracias al liderazgo de mi papá y al trabajo conjunto de quienes vivíamos en la zona, nos organizamos y armamos varias marchas. La más representativa fue por allá en los sesenta para la víspera de año nuevo, ya estábamos cansados de los males que nos aquejaban, y no fue fácil, siempre duramos varios años para que nos prestaran atención porque vivíamos bien lejos del Centro. Quienes venían por primera vez se aterraban de que personas como nosotros viviéramos por acá. Pese a todo, vea cómo es la vida, gracias a eso, nos instalaron unas pilas de agua, que no estaban cerca, debíamos caminar un "trayectico", pero ya era algo.

A pesar de nuestros esfuerzos, aún teníamos varios ***chicharrones*** sin resolver. A veces debíamos andar con velas de sebo para iluminar la casa en la noche y cuando llovía, para caminar por algunas zonas, eso era un complique porque se armaban unos barriales tremendos, una terminaba vuelta nada de pies a cabeza por ese lodazal, todo eso era muy maluco. Al ver que no arreglaban nada de lo que necesitábamos, nos empezamos a reunir con los vecinos en la casa de la señora Inés, cada sábado en las horas de la mañana, éramos como unas treinta personas.

Nos encontrábamos para discutir la problemática que teníamos, y tratábamos de buscarle solución al tema de los servicios públicos, las vías de acceso, la construcción de escuelas y el centro de salud. Fue así como esas charlitas, acompañadas de una ***surumba,*** arepitas hechas de ***granitos*** y ***envueltos de moño,*** nos permitieron organizarnos mucho mejor. Eso sí, no faltaban los que les gustaba el ***güere güere*** de la situación del país, mientras unas cuantas vecinas y yo nos poníamos a hablar de las radionovelas que escuchábamos en la época.

Por ahora la familia se encuentra bien, mis hermanos están en el proceso de construir sus propias casitas cerca a la de mis ***taitas,*** unos se están decidiendo por la zona de La Campiña y otros por Las Delicias. Yo aún vivo con los *taitas*, mi marido y mis hijos, por ahora, estamos mirando en dónde construimos lo propio porque ya estamos esperando a mi cuarto ***caritimbico.*** Me siento afortunada de vivir por acá, por momentos recuerdo mi infancia en el Tolima y mis paisanos, pero cuando pienso en la violencia tan *berraca* que vivimos en el campo, que nos quitó a varios seres queridos, amigos, vecinos y conocidos, me siento bendecida de haber llegado a esta ciudad. Por fortuna, mis hijos no verán esa crudeza que yo afronté porque ¡no se la deseo a nadie! Gracias al todopoderoso, mis *chinitos* no pasarán por las mismas necesidades que en el pasado tuvimos que vivir; sin embargo, aquí el tema político no tiene arreglo alguno y eso es lo que aún nos genera tanto problema en este país.

Las monas. Hernán Hernández, 2019.



La casita en el Carvajal. Hernán Hernández, 2019.

La vaina: el asunto.

Las monas: figuras femeninas del Monumento a las Banderas.

Chicharrones: problemas, inconvenientes, dificultades.

Surumba: agua de panela.

Granitos: maíz.

Envueltos de moño: tamales.

Güere güere: hablar mucho, divagar.

Taitas: papás.

Caritimbico: hijo.

Mi hermana Raquel

Investigación y textos:
Liz Stephanie Cubillos Díaz

Aquel 14 de septiembre del 77 no solo sería el paro cívico más grande que sucedería en Colombia, sino también el último en que vería a mi hermana. Entusiastas saldríamos a reclamar, junto a muchos barrios de la capital, el pliego de peticiones que las centrales obreras exigían al gobierno del entonces presidente López Michelsen, cansados de su represión constante con la milicia, de la falta de vida digna en los servicios y en la canasta familiar. Salimos en familia, sumados a los inconformes, sin tener idea de que Raquel ya tenía otros planes más radicales para su lucha.

Imagen del paro cívico de 1977. Fotografía: Associated press para *El Tiempo. tomada de* pacifista.tv

Soy Raúl Díaz Díaz, llegué a Kennedy con mi familia a los ocho años de edad, en la década de 1960. Antes vivíamos en el barrio Gaitán, en arriendo, pero mi mamá siempre deseó su casa propia, así que a escondidas de mi padre tomó la plata ahorrada –que iba a ser para un carro– y apartó un lote con el Instituto de Crédito Territorial. Fuimos muy de buenas porque nos correspondió el lote central de la cuadra, zona que después se llamaría la Súper Ocho. Empezamos poco a poco a levantar la casa los fines de semana, mi hermana Raquel y yo no hacíamos más que jugar en ese tierrero con los niños de los lotes cercanos, mientras que mis padres echaban pala con algunos primos, amigos de la familia y vecinos que andaban en las mismas. Como tal, nunca tuvimos un trasteo oficial, las cosas iban llegando poco a poco.

Mi mamá montó una cigarrería en la entrada, que adecuó con un par de *ranas*[1] para jugar. Mi papá cambió de empleo, como él era todero se adaptaba rápido a cualquier trabajo, entonces se volvió conductor de la EDIS[2] y siempre llegaba con cosas curiosas que se encontraba en las basuras, sobre todo juguetes para mi hermana y para mí, por ejemplo, una muñeca italiana finísima que mi mamá desempolvó y a la que le cosía vestidos, también carritos que yo pintaba y eran la envidia de mis primos y, a veces, ropa casi nueva que mi mamá adecuaba para nosotros o revendía.

Al poco tiempo, entramos a la escuela Japón para terminar la primaria. Mi madre no creía mucho en eso de los colegios, ella prefería que la ayudáramos en la tienda, pero para mi papá sí era lo mejor, él decía que estudiar nos haría salir adelante, que si lográbamos tener una profesión podríamos ayudar a la gente. En fin... Ya estudiando, mi mamá no reparaba en pegarnos si a alguno le iba mal, ¡fila india y correazo seguro!, decía que teníamos que ayudarnos mutuamente. La verdad, mi hermana era la que cargaba del bulto por mi culpa.

Cuando terminamos el grado quinto nos presentamos al INEM,[3] que era el mejor colegio del barrio, todo un *hit* en los colegios públicos, todos los vecinos querían que sus hijos estuvieran ahí. No era fácil el ingreso porque hacían un examen pesado, Raquel pasó de una, yo en cambio no. Mi mamá esa vez no nos pegó, solo me dijo seriamente: "mire qué va a hacer, porque para colegio privado no hay plata". Lloré más que si me hubiera pegado, así que me tocó dedicarme a trabajar en la tienda mientras superaba la tristeza. Por fortuna, había otros colegios como el Nuevo Kennedy, el John F., el Próspero Pinzón, el Tom Adams y La Amistad, muchos con nombres norteamericanos por la visita del presidente Kennedy, que auspició la creación de este barrio en los años sesenta (la gente decidió ponerle su apellido después de que lo mataron, antes se llamaba Techo). Dicen que antes de que él viniera lo único que había era el aeropuerto y el hipódromo, aunque mi mamá dice que eso es pura *carreta,* que aquí ya había gente viviendo desde los años cincuenta, y que debieron dejarle el nombre original de *Techotiba,* porque ahora todo el mundo va a creer que los gringos nos hicieron un favor, cuando lo que ellos querían era evitar que el comunismo se esparciera en estas tierras. Por eso, con la Alianza para el Progreso y el presidente Lleras, le dieron urbanización a esto: eso siempre lo ratifica mi mamá cuando alguien le insinúa que el barrio fue fundado por el expresidente.

En todo caso, me matriculé en La Amistad y, como su nombre lo indica, hice muchas amistades. La verdad no es que yo fuera muy juicioso que digamos, pero no quería quedarme sin el título de bachiller, deseaba ingenuamente "ser alguien en la vida". De paso, volvieron las *jueteras* de mi mamá para que no bajara la guardia. En cambio, a mi hermana le iba muy bien, era una de las mejores de su curso, la llevaban a competencias nacionales de matemáticas y química, siempre estaba al tanto de todo y comentando al respecto, a mi padre le encantaba escucharla, se sentía orgulloso. Además, ella iba a un grupo de estudio de historia, donde discutían sobre la situación social y económica de Colombia y otros países, era con profesores del INEM que venían de la Universidad Nacional o de la Libre.

Mi hermana me llevó un par de veces –obligada más que todo por mi mamá para ver si se me pegaba el hábito del estudio–, experimento que valió la pena porque conocí a la Mona, la amiga más linda de mi hermana, se sonrojaba con solo mirarla, y era a la única a quien le caían en gracia mis chistes. Mi deseo de impresionarla me llevó a leer unos cuantos libros sobre la Revolución Cubana y a aprenderme uno que otro poema de memoria. Pero mi hermana sentía que yo la hacía pasar vergüenza, me mataba con la mirada cada vez que yo quería participar, decía que no me esforzaba, que decía bobadas y que eso no era un recreo para conquistar muchachas, así que no me volvió a llevar. Por suerte, algunos amigos de Raquel terminaron mezclados con los míos, puesto que al frente de la casa había un potrero grandísimo donde jugábamos fútbol o béisbol con los vecinos que llegaron de la Costa, y hacíamos asados los domingos, en los que traté varias veces de conquistar a la Mona, que siempre me despedía con un beso en el cachete, y yo no me lo lavaba por días. Lástima que después pusieron una comisaría en la esquina del potrero, ya que había mucho borrachín y cazapeleas suelto, lo que hacía que nos reuniéramos cada vez menos, sobretodo porque la policía a veces interrumpía el juego para requisarnos, no escatimaban en nadie, fuera niño, joven o anciano.

Como nuestra casa era tan grande, se volvió la casa de las fiestas. A muchos vecinos les celebraban los cumpleaños, la primera comunión y los quince en nuestra sala, en especial *a punta* de salsa. Mi papá la prestaba sin problema al principio, ya después empezó a cobrar un poco sin ser abusivo, así nos volvimos famosos en el barrio, por ser buena gente y rumberos. En las reuniones la gente se quedaba hasta el amanecer y solía discutir de política, decían que los obreros se estaban organizando porque el gobierno nada que cumplía con lo pactado, como el alza de los sueldos, el pago de las horas extras y la mejora de los servicios. En cambio, todo estaba cada vez más caro y, para completar, estaban deteniendo sindicalistas para que no promovieran el inconformismo.

Doña Silvia, la vecina, contó que se le metió la policía a la casa sin previo aviso y le esculcaron un montón de cosas, alegando que el esposo era uno de los líderes del sindicato en la Sevillana, y por ende, de los bulliciosos, que si le daba por seguir en esas lo iban a encarcelar y, de paso, le iban a quitar la casa, ya que aún no la habían acabado de pagar. La señora se puso a llorar, sobre todo, porque el esposo le respondió que él no iba abandonar la lucha y que estaban preparando un gran paro. Mi mamá le dijo que la entendía, pero que tampoco se la podían dejar *montar* del gobierno, que teníamos que apoyarnos como barrio porque lo que se venía era serio.

Y es que ya mi papá nos había contado que los transportadores también se iban a unir, porque era el colmo que las calles no estuvieran pavimentadas, que para eso pagábamos impuestos. Cada vez se hablaba más del tema, Raquel y yo estábamos entusiasmados con la idea, era la primera vez que iríamos a un paro. En el colegio era tema de charla constante en los descansos, no faltaban los *pelados* que nunca se comprometían con nada y miraban con malos ojos nuestra iniciativa. En la casa mi madre nos apoyaba, pero la ponía nerviosa que la fuerza pública nos hiciera algo, más que todo a mi padre, eso sí que la preocupaba. Ella creía que a nosotros, por ser estudiantes, no nos podían hacer nada, pero a él, quién sabe.

El paro estaba organizándose en varios barrios, lo cual era curioso porque casi todo siempre se hace en la plaza de Bolívar, en el centro de la ciudad, pero esta vez las calles en todos lados se moverían. Todas las noches mi padre nos contaba en qué iban los preparativos, cómo se iban a distribuir y cuáles precauciones había que tener. Nos incluyó en las tareas que su grupo tenía, así que compramos unos voladores para tirarlos cuando iniciara el paro, ayudamos a mover llantas y tiramos tachuelas el día anterior por las avenidas Primero de Mayo y Américas. Él ya había decidido que estaría con sus colegas de la EDIS, así que nos alistamos en la casa con mi mamá y mi hermana para marchar. En la televisión no dejaban de amenazar a quienes participáramos, pero al contrario de lo que esperaba el gobierno, más gente se unió y algunas vecinas ofrecieron sus casas como escondite por si tocaba correr de la policía.

Cuando sonó la pólvora que anunciaba el inicio del paro, mi mamá nos puso a orar, le pidió a Dios que no nos pasara nada malo, porque él sabía que estábamos luchando por una causa justa. Empezamos a caminar a eso de la medianoche sobre la carrera 80 en dirección a la Cruz Roja, la gente gritaba: "¡Se le acabó la hora a López Michelsen!". Todo estaba oscuro, algunos vecinos llevaban pancartas con la imagen caricaturizada del presidente y otros llevaban antorchas o linternas. A eso de las dos de la madrugada, el asunto empezó a tornarse feo, sabíamos que iba a haber enfrentamientos con la policía, pero no esperábamos que las provocaciones fueran a ser tan fuertes de lado y lado, sobre todo, porque muchos estaban enervados con el estado de sitio.

De repente, cortaron la electricidad y la policía comenzó a subir a la gente en camiones, mi mamá se asustó y dijo que fuéramos por mi papá, entre el tumulto alcanzamos a ver a algunos del grupo de estudio del INEM, pero mi mamá no nos dejó ir con ellos, "¡se quedan conmigo y punto!". En esas, un carro se incendió y todos empezamos a correr, yo seguí con mi mamá, pero perdimos de vista a Raquel –seguro se fue con los del INEM, pensé–. Había mucho humo en las calles y a veces nos caían piedras sin saber de dónde venían, mi mamá, angustiada, se devolvió a buscar a mi hermana, pero en todo lado la policía estaba cercando las cuadras y muchas personas se daban duro con ellos. Andábamos en esas, cuando mi mamá vio a mi papá y trató de convencerlo de que nos fuéramos de ahí, que el alcalde había decretado toque de queda y que iba a barrer a todos los que estuvieran en el paro. Mi papá no hizo caso y antes nos dijo: "de malas, así son las revoluciones". Entonces, con mi mamá echamos a correr para la casa porque ya venían los camiones, cuando llegamos había uno que otro vidrio roto, seguramente trataron de asaltar la tienda pero no pudieron.

Amaneció y la turbulencia ya había pasado. Nos fuimos con mi mamá a buscar otra vez a Raquel en las casas de las vecinas, pero no estaba en ninguna, ellas nos dijeron que había heridos en la Cruz Roja y algunos muertos. Empecé a llorar de solo imaginarla ahí tirada, mi mamá me sacudió y me dijo que dejara la bobada, que las malas noticias eran las primeras en llegar. Concurrimos *a toda* a revisar, por suerte mi hermana no estaba, aunque tampoco había algún registro de que hubiese pasado por ahí. Saliendo, mi mamá me señaló el cuerpo de la Mona, la amiga de mi hermana que tanto me gustaba, yo sentí que el corazón se me paralizaba y no podía pronunciar palabra alguna, mi mamá me abrazó muy fuerte y me dijo que lo lamentaba, pero que debíamos seguir buscando a Raquel.

A las seis de la mañana nos notificaron que mi papá estaba retenido en el Centro, junto a otros colegas. Fuimos a sacarlo, pero al contrario de lo que creíamos, él se sentía dichoso de estar ahí; los obreros anunciaban que habían ganado la revuelta, que lograron las alzas de los salarios: eso solo lo diría

Diciembre en la Súper Ocho. Fotografía: Mónica Sarmiento Roa, 2019.

el tiempo... Lo que sí pasó es que el gobierno le dio más plata a las fuerzas militares y creó un estatuto de seguridad para amedrentar las protestas. Cuando mi mamá le contó que no encontrábamos a Raquel, mi papá se enfureció, pensó que de pronto la habían desaparecido, puso a todos sus compañeros a buscar a mi hermana. Estuvimos de aquí pa'llá buscándola en otros barrios y centros de reclusión, hasta en Medicina Legal. Nos regresamos para ver si había vuelto a la casa, pero nos encontramos fue con doña Silvia, que nos esperaba con otra señora que tampoco hallaba al hijo. La señora nos dijo que él también estudiaba en el INEM e iba en décimo y que Raquel fue varias veces a la casa a comer, al parecer eran novios y nosotros ni por enterados; yo traté de hacer memoria para ver si me sonaba del grupo de estudio, nunca vi a mi hermana coqueteando con nadie.

La señora nos anunció que Raquel debía estar con él, que el hijo tenía pensado irse al monte y unirse a la guerrilla, porque allá tenía familia, pero ella no creía que lo fuera a llevar a cabo. Sin embargo, él le dejó una nota y se había llevado la ropa. Quedamos fríos cuando nos lo dijo, yo no podía ni quería imaginarme a mi hermana en esas, menos con un arma. Me alcancé a desplomar y cuando reaccioné me tenían en el sofá. La señora y mi mamá lloraban abrazadas, mi mamá no comprendía por qué Raquel nunca le contó nada, eso era lo que más le dolía. Empezaron a verse todos los días para rezar el rosario, compartir fotos, jugar parqués y hablar de otras cosas, hasta que se hicieron íntimas.

Tiempo después, mi hermana nos envió una carta, con la muñeca italiana que se había llevado. Nos daba a entender que estaba bien, que no pasaba hambre ni nada, que todo esto lo hacía por nosotros, mejor dicho, por todos, pero que no podía hablarnos seguido, que esperaba vernos cuando las cosas mejoraran, pero mientras tanto iba a estar allá, luchando en lo que ella creía; nunca mencionó el lugar concreto donde estaba, ni cuándo iba a volver. Mi mamá fue aceptando la situación poco a poco, aunque siempre con mucha prudencia, no quería que los vecinos se enteraran para no crear estigmas, le dijo a todo el mundo que por sus buenas calificaciones se había ido a estudiar a Alemania, que le habían dado una beca. Mi padre, por el contrario, la ha respaldado hasta el día de hoy, dice que es una valiente, que si él no estuviera tan viejo haría lo mismo. Yo, en cambio, no termino de acostumbrarme a no tenerla cerca. A veces me levanto a medianoche creyendo que ha vuelto, pero no es más que mi ilusión. No sé si ella ya sabrá lo de la Mona, tampoco sé si contarle... Será hasta que vuelva.

Hoy en día sigo ayudando a mi mamá con la tienda, a la que ahora le metió unos billares al fondo. Mi papá trabaja en Corabastos, como verificador de carga. Estamos terminando el tercer piso, la idea es arrendarlo, ya que el barrio se ha crecido. En el potrero del frente van a hacer unos apartamentos, así que lo tienen cercado, y ya no dejan jugar a nadie. A mí, curiosamente la pensadera solo se me quita estudiando, sin embargo, ya no sé si esto de ser bachiller de verdad me sirva para ser alguien en la vida, pero al menos, me mantiene ocupado, además, me he dado cuenta que soy bueno para la física, quizás después podría ser maestro, me gustaría contárselo a mi hermana...

Notas:

1 Juego popular de precisión que consiste en tirar desde la distancia un determinado número de argollas e insertarlas en agujeros que se encuentran en una mesa (nota de los editores).
2 Empresa Distrital de Servicios Públicos (nota de los editores).
3 Instituto Nacional de Educación Media (nota de los editores).

Tienda en la Súper Ocho. Fotografía: Mónica Sarmiento Roa, 2019.

Historias de la cocina del maíz en casa

Investigación y textos:
Omaira Figueredo

Maíz amarillo. Fotografía: Omaira Figueredo, 2019.

Mi nombre es Omaira Figueredo Olarte, soy hija de Luis Reynaldo Figueredo, oriundo de Aquitania (Boyacá), y de Leonor Olarte, oriunda de Vergara (Cundinamarca). A principios de la década de 1960, fuimos favorecidos con la adjudicación de una casa en Ciudad Techo por parte del Instituto de Crédito Territorial y el programa Alianza para el Progreso, realizado con el gobierno de los Estados Unidos, cuando estaba de presidente John F. Kennedy.

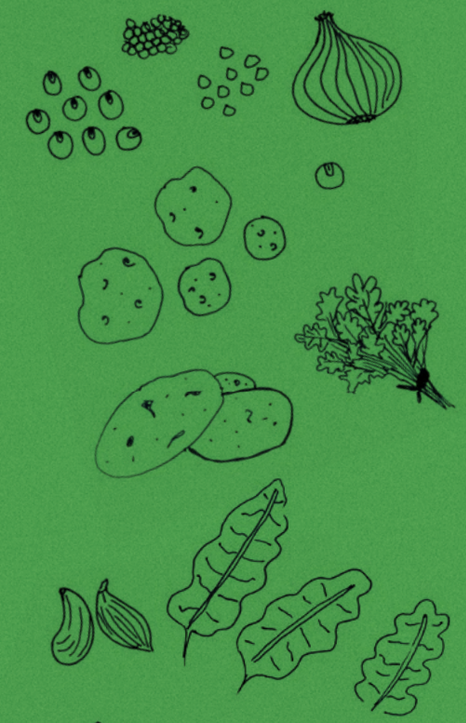
Inicialmente, nos asignaron unos terrenos donde los beneficiarios del proyecto de Ciudad Techo debíamos construir las casas; mi padre y mis tías tenían que ir a colaborar, pero ninguno sabía cuál de esas casas iba a ser su propiedad. Las personas del proyecto nos habían prometido que nos entregaban las casas completamente terminadas, pero esto no sucedió así, nos entregaron las casas en obra negra y nosotros debíamos continuar la construcción, nos dieron tejas y otro material para que pudiéramos terminar la casa. Como estábamos pagando arriendo, decidimos pasarnos a vivir de una vez allí, y en 1961 llegamos a la Super Manzana 8 de Ciudad Techo.

En esta casa había un patio trasero grande, allí mi mamá tenía su huerta y siempre sembró zanahoria, cilantro, tallos, espinacas y plantas aromáticas como toronjil, hierbabuena y manzanilla. A ella le gustaba tener las verduras frescas para preparar los alimentos en la casa. Allí, desde mis 11 años, comenzamos a vivir mis padres, mis hermanos y mis tías, las hermanas de mi papá, que también eran de Aquitania. Preparábamos una comida boyacense muy rica hecha con maíz.

Variedades de usos del maíz

Mazamorra de maíz

Mi tía Rebeca hacía la mazamorra de maíz, iniciaba desgranando la mazorca, que debía ser de maíz amarillo, luego, se molía en el molino que teníamos instalado en el patio y así se obtenía la masa. El afrecho de la cáscara de maíz se botaba. Mi tía ponía en el fogón un olla con costilla de res o cerdo, mazorca desgranada, cebolla, zanahoria, papa criolla y papa de año. Cuando el *recado* se había ablandado, le añadía la masa de la mazorca, que era la que le daba el espesor. Al lograr un buen espesor ya estaba la sopa, entonces se cortaba cebolla y cilantro, bien finitos, y ese picadito se le ponía encima a la mazamorra al momento de servir en el plato.



Mazamorra chiquita

Otra de las sopas que mi tía Rebeca preparaba era la mazamorra chiquita, que también llevaba masa de maíz molido, pero se colaba para dar el espesor ideal. A diferencia de la mazamorra de maíz, la mazamorra chiquita llevaba más granos y verduras: fríjol verde, habas, arveja, pedacitos de mazorca, tallos, zanahoria, papa criolla, papa de año, menudo, cuajo, libro y costilla de res o de cerdo adobada con ajo, cebolla y sal. Todo se ponía al fuego, y cuando todo este *recado* había ablandado, se le agregaba la masa de maíz para espesarla. Al momento de servir en el plato se le ponía el picadito de cebolla y cilantro y quedaba deliciosa con todos esos frutos de la tierra. Nosotros teníamos cazuelas de barro y, a veces, nos servían en ellas porque conservaban mucho el calor. Estas mazamorras, generalmente, se preparaban los domingos porque después de comerlas quedábamos dormidos y nos decían que estábamos débiles.

Mazamorra de maíz pintado

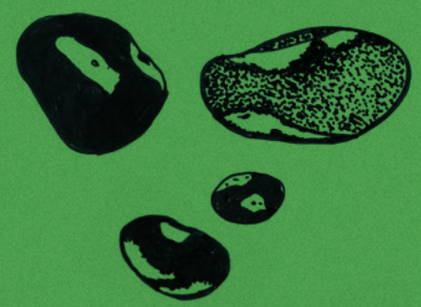
Otra de las sopas famosas de mi tía era la mazamorra de maíz pintado, que se llama así porque para prepararla, ella primero compraba la harina, la doraba un poquito para que quedara pintadita, luego le agregaba los ingredientes de la mazamorra chiquita y también arveja y tallos.

Cocido boyacense

En mi casa siempre se disfrutó mucho la cocina de la tierra de mis padres. A parte de las mazamorras que preparaba mi tía, otro plato famoso que se hacía en casa era el cocido boyacense, aunque a mis hermanos no les gustaba mucho porque les parecía que las hibias y las rubas eran como babosas y las sacaban del plato, pero en realidad estos ingredientes le daban muy buen sabor. Yo aprendí a hacer el cocido boyacense, me queda muy rico y me gusta mucho, lo preparo con costilla de cerdo y pollo adobados con ajo, sal y cebolla. Le pongo los cubios bien lavados, un ingrediente esencial que le da al cocido el sabor exquisito que lo caracteriza, a mi particularmente me gustan los cubios moraditos. También desgrano las habas, lavo la arveja bien verdecita con todo y vaina y, así mismo, se la echo a la olla; cuando la arveja es criollita, o sea tierna, queda más rica. Finalmente, pongo papa sabanera bien pequeña y mazorca cortada en trozos.

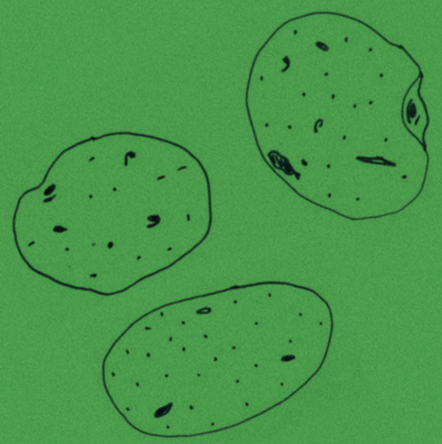
Al cocinarlo, pongo una olla con las carnes y un guiso para que suelten sus jugos. Luego de hervir por 20 minutos, le agrego agua y empiezo a echar la mazorca, las hibias y las rubas, también conocidas como chuguas, que son las más duras para la cocción. Cuando comienza a ablandar todo esto, agrego los cubios, las habas, las arvejas y la papa sabanera, y dejo cocinar de 30 a 45 minutos. Luego reviso que todo esté blandito y aparte preparo un guiso con cebolla larga, cebolla cabezona y tomate. Sirvo en el plato todo el cocido y vierto encima el guiso, queda exquisito.

Variedades de papa



Papa de año

Se le llama papa de año a la papa sabanera y a la tocarreña porque su cosecha se demora más tiempo que las otras variedades de papa. La tocarreña es esa papa que al cocinarse se deslíe o "florece", por eso, se suele usar para hacer naco (puré). La sabanera, en cambio, es una papa dura que al cocinarse suele permanecer completa. Las papas de año se usan en las tres masamorras y la papa sabenera también se usa en el cocido boyacense.

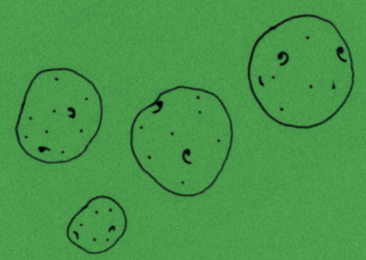


Papa pastusa

Se usa para el ajiaco.

Papa criolla

Se usa para el ajiaco y las mazamorras.



Alrededor de la mesa se celebraba el San Pedro

En la huerta mi mamá también criaba gallinas, las tenía en un corral para que no se comieran lo que había allí. Las gallinas las traía mi tía cuando venía de la finca de Vergara, Cundinamarca, y mi mamá las criaba para que empollaran y dieran pollitos. En el cumpleaños de algún familiar o para la celebración del San Pedro, se escogían las gallinas más gorditas y se preparaba el sancocho.

Mi mamá preparaba el sancocho con plátano colicero, yuca y papa, también le echaba arveja, zanahoria y trozos de mazorca. Todos estos ingredientes se echaban a la olla con la sustancia de la gallina que se cocinaba aparte. Al momento de servirlo se le agregaba el picadito de cebolla y cilantro, y mi mamá le ponía a cada uno en el plato la presa de gallina que más le gustaba.

Para la celebración del San Pedro, en mi casa siempre se brindaba comida especial. Un día antes de la celebración, mi papá compraba el pan de San Pedro en el Centro, por la calle 22, para comer al otro día en el desayuno. En el almuerzo se brindaba el sancocho de gallina y en la tarde, para las onces, se tomaba el masato, que también se preparaba en casa para esta fecha y para Semana Santa.

Entero o puchero

Mi mamá preparaba el entero o puchero con gallina. Le decíamos entero porque era un caldo que llevaba un pedazo grande de yuca, de plátano, de papa y de mazorca, todo completo sin picar. Se servía con una presa de gallina, pero a mi mamá le gustaba ponerle sobrebarriga y hojas de repollo enteras porque eso le daba un sabor especial, aunque estas hojas no se servían. A parte, se preparaba un guiso con cebolla larga, cebolla cabezona y tomate, todo se picaba, se ponía a freir, se agregaba un poco de leche y color y se le ponía encima al puchero cuando se servía en el plato. Para disfrutar del puchero, cambiabamos la mesa por el potrero y armabamos paseo de olla al parque Timiza.

Masato de maíz y mazamorra dulce

En Semana Santa, mi mamá acostumbraba preparar el masato de maíz, que se molía primero para obtener la masa. La consistencia de la masa requería maíz amarillo y durito. Aparte, se preparaba un melado con panela y canela para mezclar luego con la masa de maíz, se esperaba a que espesara y se dejaba enfriar. Mi mamá nos mandaba a conseguir un vaso de masato para mezclarlo con la preparación, así se fermentaba más rápido; después guardaba la mezcla en el *mollo* de barro y al otro día ya teníamos masato para consumir con mantecada.

Cuando nos habíamos tomado el masato, en el asiento del *mollo* quedaba un *cunchito* medio harinoso. Mi mamá usaba este *cuncho* para la mazamorra dulce, la preparaba poniendo en el fogón agua de panela con canela, le agregaba el cuncho del masato y revolvía esta mezcla buscando el espesor adecuado. Cuando ya estaba en su punto, la servía caliente en el plato con cubitos de queso, esta combinación del sabor saladito con el dulce le daba el toque especial.

Envueltos de maíz

Mis tías y mi suegra también elaboraban los envueltos de maíz. Primero sacaban las mazorcas de los *ameros* y separaban los que estuvieran en buen estado para envolver la masa. Preparaban la masa desgranando la mazorca tierna (al moler los granos, este maíz suelta una leche que se recoge aparte y queda una masa húmeda). A esta masa se le agregaba mantequilla, azúcar, una pizca de sal y la leche de la mazorca, se revolvía todo y con una cuchara grande se recogía la cantidad de masa que se echaba en cada *amero* y se envolvía para armar los envueltos. Luego se amontonaban todos en una olla y se cocinaban en la estufa de carbón que teníamos en la casa paterna de Kennedy.

La cocina de diciembre en mi casa

Ajiaco

Para la cena del 24 de diciembre, en mi casa se preparaba el ajiaco santafereño. Este lleva tres papas (criolla, pastusa y sabanera), mazorca desgranada y, en trozos, cebolla larga, ajo, cilantro y hojas de guascas.

Empezamos poniendo en el fogón la olla para sofreír el pollo, el ajo, el cilantro y la sal. Cuando esto ya se ha dorado, se agrega agua con cebolla larga, mazorca y papas pastusa y criolla, que son las que se deshacen y le dan el espesor a la sopa (la papa criolla también le da al ajiaco el color que lo caracteriza). Cuando todo se ha ablandado, se pica la papa sabanera y se echa junto con las guascas, la yerba que le da el sabor inconfundible al ajiaco.

Al momento de servir, cada plato de ajiaco debe llevar su buena presa de pollo y un trozo de mazorca. Cada uno le echa la crema de leche y las alcaparras al gusto y se acompaña con arroz y aguacate.

Tamales para despedir el año

El 31 de diciembre se hacían los tamales de maíz boyacenses, en su elaboración participaba toda la familia. Cada miembro de la familia elegía la presa de pollo que quería en el tamal, y cuando ya estaba todo listo para armar los tamales, nos llamaban para que marcáramos nuestro tamal con una piola de color para que después uno pudiera reconocer el suyo.

Para preparar los tamales se desgranaban las mazorcas, se molía el maíz y se sacaba la masa, mi tía se encargaba de esta tarea. Otra persona se encargaba de las carnes y las adobaba, cada tamal llevaba costilla y pollo. Aparte se desgranaban las arvejas y se cortaba la zanahoria en rodajas. Cuando todo estaba precocido, se armaban los tamales y se acomodaban en la olla grande, que luego se ponía en un fogón de leña. Su cocción tardaba de hora y media a dos horas, aproximadamente, y todo listo para la cena.

A las 12 de la noche cada uno comía su tamal con chocolate y pan. Esperábamos un poco mientras se hacía la digestión, bailando y reventando pólvora en la calle, y entre las tres y las cuatro de la madrugada nos íbamos a descansar.

Caminando por Kennedy

En Kennedy existen varios puestos y restaurantes donde aún se vende comida como la que preparamos en mi casa. Son lugares que llevan muchos años, algunos ya tienen fama, sus platos representan la cocina tradicional de aquellas familias que, como la mía, venían de otras zonas del país.

En un recorrido que hice, rastreando las delicias de esta cocina tradicional, conocí en la Plaza Distrital de Mercado de Kennedy a don Orlando, un señor boyacense que desde hace años prepara mazamorras, envueltos de mazorca y un delicioso cocido boyacense. En otros restaurantes de la plaza también se consigue el sancocho de gallina, el ajiaco santafereño y otros platos tradicionales como la fritanga o la cola sudada.

Los envueltos de mazorca y los tamales son bien populares, en cada barrio es común encontrar en la calle, o a la entrada de algún negocio, un fogón con una olla grande ofreciéndolos calientes y frescos. Doña Flor es una de las muchas cocineras que hace y vende envueltos de mazorca en la localidad, aprendió de su mamá y con la venta de estos envueltos ha educado a sus tres hijos, ella los vende en Corabastos. Cada vez que iba allí a hacer mercado con mi padre, pasábamos a comer sus ricos envueltos.

La chicha y el masato son bebidas a base de maíz que se preparaban en las casas de las familias que venían del campo. Recuerdo que, recién nos pasamos a vivir a Ciudad Techo, todavía existían la finca El Tintal -que estaba ubicada donde hoy se encuentra la biblioteca El Tintal- y la finca El Rosal -que quedaba por la salida a Bosa y por el sector de Patio Bonito-. Hasta ese lado nos íbamos caminando para comprar la leche fresca. Cuando hacía mucho sol, los campesinos que vivían por ahí nos ofrecían guarapo y chicha de maíz para la sed. En esa época, esas bebidas se preparaban en casi todas las casas de los campesinos, ahora, según me cuentan, quedan chicherías en el barrio El Amparo.

En la Super Manzana 8, en Kennedy Central, visité un negocio famoso de empanadas de maíz, se llama Empanadas de las Buenas. Su dueño lleva más de 30 años haciendo estas empanadas con la receta de su mamá y de una tía. Comenzó vendiendo empanadas en la calle y poco a poco fue ganando fama. ¡El negocio creció tanto que hoy en día tiene un edificio para la venta de empanadas!

También encontré en Ciudad Techo a otra señora que lleva 30 años haciendo empanadas de maíz, su negocio no es tan grande, es más modesto. Allí vende arepas hechas con maíz peto, papa rellena y pastel de yuca, sus arepas son las más apetecidas del sector.

La comida hecha con maíz tiene una fuerte presencia en Kennedy, y también la cocina de diferentes regiones del país. Los compañeros de Patrimonios Locales que han nacido y crecido en Kennedy reconocen otros lugares que tienen historia en la localidad, como los piqueteaderos Don Jorge y Don Manuel, el restaurante Vamos Donde Rafa o la lechonería Doña Elssy, donde varias generaciones han preparado y disfrutado diferentes platos de las cocinas del país.

En mi recorrido visité el restaurante Vamos Donde Rafa, en el barrio Carvajal. Este lugar abre solamente los jueves y se ha vuelto tradición ir ese día a comer los huesos de marrano más apetecidos de la semana. Empezó en 1969 como una cancha de tejo donde también se ofrecían picadas. Poco a poco los clientes, al degustar sus platos, fueron cambiando el propósito de su visita; su interés ya no fue el juego sino la comida.

En mi casa aún preparo algunas de estas delicias. Los invito a que no perdamos esta memoria y el conocimiento de la cocina de nuestras familias.

Amelia, una leyenda viva

Investigación:
Natalia Alejandra García Palencia
Jinella Chaparro Sánchez
Cristian Ramiro Suárez Castro
Jhon Javier Ramírez Velosa (A.V.E)

Texto:
Natalia Alejandra García Palencia

Los humanos crecemos en contextos diversos que determinan nuestra forma de hablar, de pensar y de comportarnos en sociedad, desde allí se crean afinidades que paulatinamente van decantando los gustos y tendencias personales. Si nos remitimos a los ámbitos cotidianos de nuestros ancestros, empezamos a comprender a nuestros abuelos y padres, e incluso, advertimos comportamientos propios que nos salen casi involuntariamente. Estos comportamientos, junto con elementos de uso cotidiano, hacen parte de nuestro patrimonio histórico y cultural, tema que me ayuda a adentrarme en la localidad que habito.

Fontibón es la novena localidad de Bogotá y tiene 33.26 kilómetros cuadrados. Según la Secretaría Distrital del Hábitat, en Fontibón viven 434.446 personas distribuidas, mayoritariamente, en los estratos 2, 3 y 4, aunque también hay barrios de estrato 5.[1] Caminando los diversos sectores, noto entre los pobladores esa mezcla de hombres y mujeres rurales y citadinos, una muestra de lo que son gran parte de los barrios de esta ciudad, construidos por inmigrantes provenientes de pueblos o ciudades pequeñas de diversos rincones del país.

En esos andares, llego al centro de Fontibón, lo que alguna vez fue un pueblo distinto a Bogotá, y me siento en una banca para observar. Al cabo de pocos minutos, pasa una mujer mayor, de mirada esquiva y vestimenta y expresión facial que denotan soledad. Sigo su andar por dos cuadras hasta que la pierdo de vista, así que decido preguntarle a varias personas por ella y descubro que su nombre es **Amelia del Socorro.**

1 Información recuperada de: https://habitatencifras.habitatbogota.gov.co/documentos/boletines/Localidades/Fontibon.pdf

Fotografía: Natalia Alejandra García Palencia, 2019. Montaje: A.V.E, 2019.

Amelia es un personaje reconocido por buena parte de la comunidad, aunque nadie sabe a ciencia cierta cuál es su historia. Interpelo a algunos vecinos y recibo estas respuestas acerca de ella:

"Es una habitante, como tantas otras, de tercera edad, toda la vida ha vivido en este punto de la ciudad".

"Yo llevo 35 años viviendo en la localidad y lo que sé es que, desde un comienzo, me contaron la historia, y fue que ella tenía un novio, convivían, como en esa época se decía. El tipo se buscó a una señora y la señora le echó un maleficio a ella y la volvió loca, pero ella es de buena familia porque ella era docente. Ella tiene su casa y tiene sus hermanos, es una mansión, si ustedes la vieran".

"La distingo desde hace más o menos 22 años. Desde ese tiempo cuentan la historia de la loquita de Fontibón, Amelia o Amalia. Que ella se iba a casar y el novio la dejó plantada en la puerta de la iglesia y desde ahí se enloqueció. Eso es lo que nos han contado".

"Ella tiene momentos en que llega y le coge el hilo a una charla y tú hablas con ella, y de un momento a otro arranca y se va. A mi me parece un personaje inofensivo, es parte fundamental de Fontibón, hace parte de la historia de Fontibón".

"Yo hace 26 años que vivo aquí y la conocí así, pues, por la calle. Una señora que siempre uno la ve por acá o por allá y que habla sola. Comienza uno a decir que la loquita. Ella nunca ha sido agresiva con nosotros".

"Anda por todas las calles de Fontibón. Siempre ha andado así, pero yo creo que esa señora tiene buena familia porque usted la ve y ella vive cambiadita y con ropita no fea, o que le regalen por ahí, ella se le ve peinadita, todo. Cuando está de buen genio se arregla y se pone flores, o se pone cintas, es coqueta".

"A ella, dicen, le echaron un maleficio y la volvieron loca. Y yo entre mis creencias creo que sí porque ella tiene momentos de lucidez. Cuando una persona se vuelve loca por un trauma no tiene momentos de lucidez, ella sí los tiene y habla con usted y todo. Esa es la versión que yo tengo desde los 35 años que llevo en la localidad. Cuando la luna cambia ella se vuelve agresiva pero de lo contrario es muy pasiva. Era educadora y muy bonita ella, una reina de belleza le quedaba chiquita a esa señora. Por eso, yo digo que hay personas que hacen una maldad y no piensan en la familia".

"Odia a las mujeres embarazadas, al parecer, perdió un bebé, ha atacado mujeres en la calle. Ella pide monedas a veces para jugar en las tragamonedas, le gusta mucho ese juego".

Montaje: A.V.E, 2019.

"Usa siempre falda. Ella recoge cachivaches de la calle. Le gusta el juego, las maquinitas, las tiendas donde hay maquinitas, a ella le regalan plata y ella va y juega la plata. Sufre de ludopatía".

"Se dice que a ella la dejaron vestida en el altar, el novio, y que el papá la estaba obligando a casarse porque estaba embarazada, entonces, pues a raíz de eso, su salud mental cambió totalmente, anda divagando por las calles del sector céntrico de este territorio".

"Las historias que cuentan, que ella es de aquí, toda la vida ha vivido aquí, en Fontibón, que sus papás eran, de pronto, como unos hacendados. Lo que la gente comenta, porque uno no conoce absolutamente nada, que tal vez a ella le dieron algo de tomar y quedó así, porque dicen que ella era una profesora y que alguien le dio un bebedizo, no sé qué querrían. Y los papás empezaron a vender sus propiedades para ayudarle a la recuperación, y ella estuvo, según dicen, también encerrada, como para ver si se recuperaba, pero la plata se perdió. Y lo que dicen, que era una persona bien y, en sí, a ella se le nota porque no es una persona mala, uno no la ve robando ni haciendo cosas malas, reconoce su sector como parte de ella y es reconocida como parte del sector.

"Que era psicóloga y se volvió loca".

"Ella vive con un pocillito para pedir tinto y cigarrillo, y no te toma tinto si no es en su pocillo. A ella le gusta sentarse en la panadería de la esquina porque ahí son familiares de ella"

"Mi mamá me contó severa historia de la viejita que va allá: que ella tenía mucha plata, la familia de ella tenía mucha plata, y que ella tenía una casa con muchas cosas y el esposo se murió, se suicidó, la traicionó, la dejó, no sé, se volvió loca y ahora reúne plata para maquinitas. Pero los hijos se adueñaron de esa casa".

"Es vanidosa, ella es de aretes, así tenga sus orejitas ya rotas, pero es de aretes y siempre está organizada, no pelea con nadie y siempre está buscando qué leer".

"Es una persona como ausente y no se inmiscuye con ninguna persona. Por eso te digo que es muy pasiva, no habla con nadie, ella no se detiene a pelear, no agrede, es una persona sola".

"Yo creo que debe tener alrededor de 80 años, o debe estar acercándose a los 80 años, si no es más. Hace parte de la cultura del centro de Fontibón. Todo el mundo la reconoce, no sé si es como el ambiente que a veces la pone histérica, a veces la pone muy bien, a veces es afable con la gente, pero a veces también es como violenta, entonces, creo que también es una característica de ella, pero es de reconocerla, lo peor es que algunos la tratan mal, pero otros la tratamos bien, con cariño y puede ser afable".

"Pues, nunca la he visto agresiva, da las gracias, lee la Biblia, se para para que le den tinto o plata".

"Los niños que la vean no le tengan miedo ni le digan más loca, pues, es una persona que ya está acostumbrada a hablar así y no nos hace nada a nosotros si nosotros no le hacemos nada a ella. Es tenerle respeto y no decirle nada, y si no nos afecta a nosotros no afectarla a ella".

"Es buena para las matemáticas, le hacía algunos ejercicios o tareas a los jóvenes a cambio de unas monedas para jugar".

"Yo llevo viviendo en Fontibón 63 años y a Amelia la conozco de toda la vida. Amelia debe tener entre 65 y 67 años. No es tanto lo que pasa, es que la calidad de vida que ella ha llevado se refleja en su estado físico. Es una persona muy tranquila, en medio de su angustia existencial. Ella era profesora de colegio y tuvo una relación amorosa, se iba a casar y la dejaron plantada en la puerta de la iglesia Santiago Apóstol, y eso originó que perdiera la conciencia, pero ha sido una persona, como todo el mundo la ve, muy tranquila, no es agresiva, no se mete con nadie. Ella es de aquí y habla con uno, entonces uno, pues personalmente yo, le llevo la cuerda. Creo que cuando le ponen cuidado es el mayor favor que le pueden hacer a ella, no rechazarla, ni agredirla, ni nada de eso.

"La historia puede ser que jugaba mucho en el casino, frente al teatro Milán, y una noche perdió tanta plata que la llevó a perder la razón. Quedó mal y buscaba la plata en las canecas".

"Esta es una de las miles de historias que se cuentan de ella: que odia, aborrece a las mujeres embarazadas, tal vez, por lo que le sucedió".

"Ojalá, el gobierno y la administración local le dieran más énfasis a este tipo de personas y las cuidaran más. Más atención a la salud mental y a su condición física, de estar habitando en la calle. Hasta que no haya una política pública integral las acciones que se toman se quedan en pequeños paliativos que no trascienden a darle una solución a este tipo de población".

Amelia encarna, seguramente como muchos otros, el personaje que todos creen conocer pero que casi nadie conoce de verdad. Sin embargo, es la personificación de la historia local, un ícono, un referente, una leyenda viva de Fontibón. Ella representa a la enorme población desprovista de una atención médica eficaz y ofrecida a tiempo. Y aunque sí es de lamentar no es de extrañar, pues en Colombia no se garantiza el derecho a la salud, a pesar de las modificaciones realizadas al sistema mediante la Ley 1122 de 2007. Son muchas las vidas que se han perdido y las quejas siguen siendo recurrentes.

Si reflexionamos sobre el propio rol que cada uno asume a nivel social, puede que la locura sea una forma de escape a esas presiones, dando un grito de libertad. Una alternativa extrema pero, eventualmente, un aire de desfogue a los padecimientos externos o internos. Y es que ningún ser humano tiene una sola faceta, y en el acto de vivir descubrimos los tantos *yoes* que nos habitan, de allí la importancia de ser compasivo, respetuoso, amoroso y paciente con los otros. Tal vez, en algún momento necesitemos un poco de esa condescendencia.

Es importante valorar a estos seres porque en una sociedad mercantilizada, donde vales por lo que tienes, se sigue perdiendo la sensibilidad humana por nuestra especie al entrar en la dinámica que nos convierte en hombres-máquinas al servicio industrial de alguna empresa.

Fotografía y montaje: A.V.E, 2019.

ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.